

**Sôgô Budô:
Mis ideas y opiniones**



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô

A los budokas de Kenshinkan dôjô

Badajoz, Agosto 2013

Sumario

<i>Primeras palabras</i>	5
<i>Introducción</i>	6
<i>Amor por el Budô</i>	8
<i>Buscar en la Historia</i>	9
<i>Heterogeneidad de la práctica</i>	10
<i>Unificación de contextos</i>	11
<i>Descubrir el espíritu</i>	12
<i>Sentido del Ser de las cosas</i>	13
<i>Luz en invierno</i>	14
<i>Trabajo con Uno Mismo</i>	15
<i>Maestros y Discípulos</i>	16
<i>Pluralidad de Sensibilidades</i>	17
<i>Ser más para Ver más</i>	18
<i>Viejos testimonios</i>	19
<i>Educación y Conocimiento</i>	20
<i>El verdadero combate</i>	21
<i>Contemplación y Concentración</i>	23
<i>Terrenos irregulares</i>	25
<i>El momento justo y el lugar apropiado</i>	27
<i>Todo lo que asciende, converge</i>	29
<i>La constante renovación</i>	31

<i>Luz, luz, más luz.....</i>	<i>33</i>
<i>Manos abiertas para la Paz.....</i>	<i>34</i>
<i>Gorei.....</i>	<i>36</i>
<i>Los lazos del Dô.....</i>	<i>38</i>
<i>Cualquier lugar puede ser un dôjô.....</i>	<i>40</i>
<i>Breviario de los vencidos.....</i>	<i>42</i>
<i>Tokui Kata.....</i>	<i>44</i>
<i>Arte Mayor, completa Poesía.....</i>	<i>46</i>
<i>Un dedo apuntando hacia la Luna.....</i>	<i>48</i>
<i>Omote y Ura.....</i>	<i>49</i>
<i>Lenguajes complementarios en Budô.....</i>	<i>51</i>
<i>Una música para el ocaso.....</i>	<i>53</i>
<i>Maniwa Nen ryû.....</i>	<i>56</i>
<i>Sogô Bujutsu: la música de la diversidad.....</i>	<i>58</i>
<i>No-método: orden y caos dentro del dôjô.....</i>	<i>63</i>
<i>Los equilibristas.....</i>	<i>66</i>
<i>Los viejos amigos.....</i>	<i>68</i>
<i>Como es arriba, es abajo.....</i>	<i>69</i>
<i>El camino de la dificultad.....</i>	<i>71</i>
<i>Carpe Diem.....</i>	<i>74</i>
<i>El expolio de la Emoción.....</i>	<i>76</i>
<i>El triunfo de los sencillos.....</i>	<i>78</i>
<i>Shu-Ha-Ri.....</i>	<i>80</i>
<i>Lo pequeño es hermoso.....</i>	<i>83</i>

<i>Budô Humanista e ilustrado.....</i>	<i>87</i>
<i>Elaborando Aikidô.....</i>	<i>90</i>
<i>Belleza y Budô.....</i>	<i>92</i>
<i>La palabra frente a la imagen.....</i>	<i>96</i>
<i>Paisaje y Budô.....</i>	<i>99</i>
<i>Principios del Aprender.....</i>	<i>102</i>
<i>Encontrar las raíces.....</i>	<i>104</i>
<i>El momento es ahora.....</i>	<i>107</i>
<i>Un tiempo de Paz antes de la guerra: el concepto Arte Marcial.....</i>	<i>111</i>
<i>La medida del tiempo.....</i>	<i>115</i>
<i>Civilización o barbarie.....</i>	<i>118</i>
<i>El apartamiento del mundo.....</i>	<i>120</i>
<i>Tradición y Revolución.....</i>	<i>123</i>
<i>La reconstrucción de los hechos.....</i>	<i>126</i>
<i>El Genius Loci del Budô.....</i>	<i>130</i>
<i>Practicar desde la necesidad.....</i>	<i>133</i>
<i>Arqueología del Aikidô.....</i>	<i>137</i>
<i>Lo Invisible.....</i>	<i>141</i>
<i>Karfried Graf Durckein: un Sabio en la Selva Negra.....</i>	<i>144</i>
<i>Globalización del Arte Marcial.....</i>	<i>147</i>
<i>Nota.....</i>	<i>151</i>
<i>Semblanza.....</i>	<i>152</i>

Primeras Palabras

Vosotras:

*Almas Grandes, Belleza, Paz,
Justicia, Caballería, Silencio, Alegría,
Arte Mayor, Completa Poesía,
¡Venid a buscar al Guerrero de Luz...!*

Kokoro

*“Árbol de sangre, el hombre siente, piensa, florece y da frutos insólitos: palabras.
Se enlazan lo sentido y lo pensado.
Tocamos las ideas: son cuerpos y son números.”*

Octavio Paz.

“Lo Esencial es invisible a los ojos”

Saint Exupery

Introducción

Este trabajo es una oportunidad: la oportunidad de la expresión a través de la palabra escrita.

Todo aquello que pretendemos crear desde la nada ha tenido un principio y algún día tendrá, también, un final, pues todo tiene su complementario, dentro y fuera de sí, no en vano, la Vida es movimiento, círculo, espiral.

Vamos dejando nuestra impronta en todo aquello que cruza nuestras vidas: el arte es también una de estas singularidades. En él abandonamos eso que en el fondo de nosotros somos.

Cada uno de nuestros actos no son más que maneras de expresión, formas de hacernos comprender, comunicación con los otros: el Budô es una manera de relacionarnos.

Rescatemos el fondo de la forma, despejemos la maleza, que nos separa de nuestro propio entendimiento, estudiemos, seamos capaces de equivocarnos y, después, hagamos crecer a nuestro Arte, pues en definitiva, como Ortega nos dice: "el estilo es el hombre".

André Malraux dijo al final de sus días: "El siglo XXI será espiritual, o no será". Lo espiritual, entendido como una posición coherente frente a la vida y el mundo pasa por la Educación.

En estos momentos de inestabilidad, que el mundo padece, la formación educativa es una de las constantes obligatorias para podernos llamar a nosotros mismos: "Seres Humanos".

Considero que practicar una forma de Budô es una manera más de enriquecer esta Educación a la que aludo.

Sôgô Budô: Mis ideas y opiniones



Amor por el Budô

Por las noches, cuando cierro el dôjô y miro alrededor, no queda nada ni nadie. Todo, como en un libro de historia, se ha reducido a la nada, no siendo ya, sino la memoria de lo vivido, de lo compartido, de lo experimentado. Después, cuando todo se ha enfriado, comienzo a recapitular, a dar forma, por dentro, a lo único que es verdaderamente real y esencial: eso tan singular es el Amor por el Budô. Es, solamente, ese Amor quien sustenta y nutre la estrecha comunicación que existe entre uno mismo y su Arte Marcial.



Buscar en la Historia

Siempre he querido escudriñar la historia, para construir junto a ella la arquitectura del viejo Bujutsu. Encontrar soluciones en los rincones recónditos, aquellos que nadie visita por ser lóbregos, poco luminosos, escondidos, incómodos. He creído que en todos y cada uno de esos apartados lugares podía desprenderse una luz y que su transparencia, su razón de ser y de estar me iluminaría. Yo he querido y quiero hablar con todos y cada uno de esos lugares inhóspitos del Budô y del Bujutsu, para intercambiar Conocimientos por Sentimientos. Después, cuando he logrado, simplemente, estar en alguno de esos paisajes distantes, cuando un pequeño reflejo del Conocimiento que atesoran me ha iluminado, he sido un hombre verdaderamente feliz.



Heterogeneidad de la práctica

Cada cual viene a este dôjô a aprender de una manera distinta. Todos los que conforman esta familia tienen preguntas y, también, disponen de respuestas. Han vivido, todos ellos, sus propias existencias, y aquí comparten un espacio, un tiempo, una emoción. Hay que utilizar un lenguaje para cada uno de ellos, mirarlos con distintos ojos, hacer que sus cuerpos se muevan y expresen de diferentes maneras. Esto es así porque la homogeneidad no es una herramienta capaz de conseguir lo deseado en Budô. Comprender verdaderamente un Budô es, pues, comprenderse a Sí Mismo.



Unificación de Contextos

Existe un puente de plata capaz de unir dos contextos tan distantes como son el pasado y el presente e, incluso, capaz de unir a estos dos con un último estadio: el futuro. Ese puente unificador, esa conectividad que reúne los distantes contextos, sintonizándolos, es la Historia. Entendiendo esa Ley y contextualizando el trabajo, hemos podido dar vida a muchos de nuestros escenarios de práctica, entre ellos uno de los más queridos: el Bujutsu Clásico.



Descubrir el Espíritu

Descubrir dónde y en qué apartado lugar se encuentra el espíritu de una persona que practica, es un trabajo ímprobo. Nos exige intuición, ausencia de pre-juicios, apertura de corazón y, sobre todas estas cosas, observación. No existe la ausencia de espíritu; éste debe alojarse en algún lugar, por apartado que esté. En ocasiones, ese lugar está fuera de uno mismo, otras tan cerca que puede quemarnos; muchas veces el espíritu está en el movimiento del cuerpo, en la mirada o en las palabras, en la estética o en el mundo de las ideas. Algunas veces, las menos, podemos encontrarlo por doquier, porque puebla cada gesto, cada estar, cada movimiento, cada pensamiento de un hombre de Budô. No creo que en Budô se practique en ausencia de espíritu, eso sería como negar lo espiritual en la naturaleza del Ser Humano. Cada practicante de Budô tiene un espíritu propio, aunque el dónde esté ubicado y el cómo se manifieste, sean en ocasiones tareas difíciles de solucionar.



Sentido del Ser de las cosas

Todas las cosas tienen una razón de ser. Decir No y cerrar puertas, es un escenario posible, pero después de haber sido abiertas con anterioridad. Cada pequeño detalle puede estar cargado de responsabilidad, nobleza, apertura de corazón, sinceridad, esto es, de Sabiduría. Cada pequeño detalle puede, también, ser un freno, un estancamiento, un sinsentido en la jornada si no es razonado, comprendido y asumido como cierto. Las cosas están ahí para ser, al menos, experimentadas y, una vez comprendidas, ser asumidas o rechazadas.



Luz en invierno

Como una casa que es, un dôjô debería de ser un punto de acogida. La historia nos enseña que los dôjô del viejo Bujutsu eran los patios traseros de las viviendas. Allí, después de una jornada de trabajo, las personas se reunían para compartir algo familiar, una herencia de sangre. Compartían un Koryû, esto es, una Tradición marcial. En ese punto de encuentro, eran todos bien acogidos pues, todos, conformaban una familia. Durante los inviernos, cuando el tiempo arrecia me gusta poner una luz cálida en el dôjô, cuando los alumnos y amigos vienen a estudiar su Koryû. Esta luz es una luz de acogida, de receptividad, de amistad. Es esa misma luz que da calor a un marino, cuando vislumbra un faro; o, también, pretende humildemente ser la luz de un hogar, cuando el camino es oscuro, la temperatura baja y el silencio se ha hecho con la noche.



Trabajo con Uno Mismo

Comencé a estudiar Budô cuando cumplí catorce años. Esto ocurrió en 1976. Más allá del dôjô, mi práctica personal se desarrollaba en una terraza, en el campo y en los jardines de mi Ciudad. Esto fue así durante muchos años. Siempre he creído que la mejor manera de aprender Budô es trabajar con uno mismo. Esto es, desde luego, un motivo de auto-indagación. La auto-indagación exige una soledad y es esta, quizá, la piedra angular del problema. La soledad no es una situación asumida con vocación, por ser un territorio normalmente desconocido para el budoka. No obstante, uno madura andando la vida por sí mismo, tomando decisiones, enfrentando miedos, cayendo y levantándose y apoyando para ello sus propias rodillas y manos. Dejarse llevar y ser conducido es un panorama falso para quien pretende comprender la Naturaleza del Budô, porque esa Naturaleza está unida a la propia Naturaleza del Ser Humano que estudia y practica. Sí, el yo merece esa oportunidad.



Maestros y discípulos

En Budô, constantemente, el maestro se convierte en discípulo, y éste en maestro. Como ambos son a la vez, maestro y discípulo, estos términos deberían eliminarse de nuestro vocabulario. Si pensamos con esta proyección en el espacio-tiempo, hemos asumido que todos estamos en camino, que éste no tiene fin, que no posee dueño, que la reciprocidad del conocimiento es un hecho y que éste se encuentra ahí para ser compartido. Creo que el verdadero sabio debe volverse muy, muy humilde, y que desde ahí, desde esa humildad, debe mirar al mundo y sus gentes.



Pluralidad de Sensibilidades

Es realmente difícil, y no está a la altura de todos nosotros. Es una pantalla en la que medimos nuestra tolerancia, nuestra libertad, nuestro prejuicio. Una Escuela de Budô es heterogénea y como tal, está compuesta de infinidad de maneras de pensar, de ser y de estar, de anatomías y sensibilidades. Todas y cada una de estas naturalezas pueden tener opinión. Todas las opiniones, que han sido construidas en profundidad, que han cruzado desiertos, que han subido montañas, que han soportado frío y lluvia, calor y soledad, todas, tienen la Oportunidad de manifestarse, y a todas hay que prestar atención. La libertad que hemos perseguido con la práctica de nuestro Budô ha de entender que nuestra pequeña/gran conquista personal nos atañe a nosotros en exclusiva y que otras vidas, para ser libres, necesitan vibrar en otras sintonías, alejadas o cercanas, pero únicas para ellos mismos.



Ser más para Ver más

Con sinceridad creo que para levantar la mirada y ver más allá en el concepto y práctica del Budô, uno tiene que ser más, mirando, también, hacia su interior. Esta mirada profunda es la que configura el alcance de nuestro Entendimiento de Budô. Ser más humano nos abre la mirada hacia su gran interpretación.



Viejos testimonios

En ocasiones se instala en nuestras vidas el Romanticismo. Cualquier tiempo pasado nos parece mejor que el actual, cualquier interpretación del Budô, que ha podido preceder a la nuestra en décadas o siglos nos parece ejemplar; cualquier pensamiento filosófico, gestado muchas veces a miles de kilómetros de nuestro día a día, puede llegar a ser una sentencia firme para nosotros; algunas epopeyas vitales, nos sobrecogen y hemos pretendido emularlas, etc. El hombre actual ha evolucionado en ciertos aspectos muy notablemente; algunos de estos avances son: la técnica y el conocimiento. Nuestra perspectiva del mundo es ahora más que notable y el conocimiento de la biología de nuestra naturaleza, es sobresaliente. No creo que el viejo concepto de Budô y, el más antiguo aún, concepto de Bujutsu fueran en su momento más refinados, más contruidos, rayaran a mayor altura que los conceptos que en la actualidad puedan gestarse en las mentes y corazones de los verdaderos buscadores de estas tradiciones. Recuerdo haber hablado sobre esta perspectiva con algunos Sensei en Okinawa. Nunca recibí un No por respuesta.



Educación y Conocimiento

Ciertamente, estas dos palabras no tienen por qué ir de la mano, pero podrían y deberían complementarse, formando un solo concepto. Tener conocimientos en Budô no es sinónimo de haberlo comprendido en profundidad, según mi opinión. Pueden darse muchas combinaciones al respecto, pero todas ellas, a mi parecer, deberían pasar por la Educación. Es posible, desde luego, haber hollado muchos conocimientos y ser un hombre educado en Budô. Muchas personas que estudian estas Tradiciones defienden un postulado: éste enseña que reducir los conocimientos y profundizar sobre ellos es el camino hacia la Educación. Creo que ese Camino puede pasar por ampliar el radio de acción sobre el conocimiento, abrir su abanico, responder a su pluralidad, ocupar todos los espacios posibles, etc. Esta opción de estudio y tratamiento del Budô puede ser también un Camino hacia la Educación.



El verdadero combate

Siempre me recuerdo a mí mismo involucrado en el estudio del Karate Tradicional y, aún así, durante unos quince años, estuve inmerso en el Karate de competición. Esto, desde luego, ocurría en otro contexto, en un tiempo en el que preparábamos los Campeonatos de España de Karate trabajando con el makiwara; un contrasentido en los tiempos actuales, donde los equipos de competición están rodeados de profesionales de la Educación Física, Psicólogos, Fisioterapeutas, Especialistas en Kumite, Kata, etc. Por mi parte, creía tener un espíritu a prueba de cualquier obstáculo, un cuerpo capaz de responder a cualquier adversidad dentro de un tatami y una capacidad de aguante sin límites. ¿Era eso cierto? En la treintena de mi vida, tuve que demostrarme a mí mismo si estaba o no realmente preparado para acometer un verdadero combate. En la práctica del Budô había afrontado situaciones comprometidas dentro de un tatami, pero ahora era el dôjô de la Vida quien me reclamaba y lo hacía con otro lenguaje, un lenguaje con normas distintas, fórmulas que no comprendía ni aceptaba y para las cuales no tenía ni respuestas ni capacidad de reacción

inmediata. La vida golpeaba con fuerza y había que encajar los embistes, tragar saliva y mirar adelante con confianza. Una cosa era cierta: tenía mi amor por el Budô y me tenía a mí mismo. A partir de ahí me reconstruí. Afronté ese combate con la humildad y entereza que me habían enseñado las Artes Marciales y lo superé. Cuando, finalmente, pude levantarme y volver a caminar por mí mismo, supe que el verdadero combate para el que nos prepara el Budô no se limita a lo acontecido en el interior del dôjô, se extiende más allá y nos enseña cómo acometer aquellos otros conflictos, los que se gestan a diario en el devenir de nuestra propia existencia.



Contemplación y Concentración

A veces nos preguntamos si la tensión tiene un merecimiento digno, si la energía que en ella gastamos tiene una razón de ser, si nos conduce a algún lugar en el que reine la Paz. Concentración es un término que utilizamos con mucha frecuencia en la práctica del Budô y del Bujutsu; es un ajuste necesario, una piedra sobre la que se sustenta el edificio que pretendemos construir, un eje casi obligatorio, pero, además, es una cadena, una sujeción que nos oprime, un estigma con consideraciones contrarias a la libertad. Por el contrario, la Contemplación es, en sí misma, un acto liberador. Creo que ambas son dos oportunidades, dos opciones con-sentidas, alternativas, complementarias. La segunda de ellas, no persigue nada en la visualización, únicamente la recepción de sensaciones que, a través de todos los sentidos, entran a formar parte de un espectador que observa en silencio el desarrollo de un kata. La primera, por el contrario, es una oportunista, una seleccionadora, una localizadora del momento, del detalle, de la singularidad. En la práctica y estudio del Budô, estas dos piezas deberían de combinarse para formar una sola fuerza motriz. Sería algo así como tener dos polaridades dentro de nuestro Budô: contemplar una

demostración sin pretender acotarla y, a la vez, delimitarla, analizarla y hacerla nuestra.



Terrenos irregulares

Transitar los caminos del Budô supone afrontar terrenos de muy distinta naturaleza: orografías que descienden hacia el abismo, pendientes escarpadas que conducen a una cima imposible, áridos pedregales en los que sacudirnos el polvo, llanuras sin fin, espacios abiertos, luminosos, limpios, transparentes, etc. Cuando éramos muy jóvenes solíamos ir al río, para practicar a orillas del Guadiana. Entre los guijarros, encima de ellos, los movimientos del kata parecían siempre los de un torpe principiante. Después, dentro de la corriente, la estabilidad era aún peor y la fuerza del agua nos conducía siempre hacia el fondo. Cuando el trabajo se desarrollaba entre los árboles, en medio de la poblada maleza que los delimitaba, había que acometer otros obstáculos: eran aquellos que comportaba un medio irregular entonces virgen. Finalmente, cuando subíamos las cuestas del Castillo, había que afrontar otro terreno igualmente hostil, pues las pendientes, aunque cortas, eran muy pronunciadas. Así es el propio caminar en el mundo del Budô: todos los paisajes están abiertos a formar

parte de él, teniendo éstos todas las posibilidades imaginables, dibujando con nuestra práctica todas las gráficas y bocetos. En uno u otro momento de la vida del budoka, todos estos escenarios serán realidades con las que habrá que aprender a convivir. Una cosa es cierta, hay que saber extraer la Bondad en cada uno de ellos, reciclando sus dificultades y sabiendo mirarlas como oportunidades de crecimiento en Budô.



El momento justo y el lugar apropiado

En la práctica del Budô existen ocasiones únicas, momentos en los que un acontecimiento puede cambiar y transformar en un instante la visión de nuestro Arte. Existen personas, circunstancias, lecturas, experiencias personales que transforman todo el entorno del budoka y, también, todo su equipaje interior, que llegan sin pretenderlo, marchándose también así. Estas transformaciones pueden ocurrir en espacios muy cortos de tiempo. Por el contrario, puede uno vivir en su práctica períodos de estancamiento, etapas en las que la aridez se hace con el día a día, jornadas interminables en las que nada sucede, donde el progreso no existe y uno se encuentra como esperando un viento que le motive a largar velas. Hace más de veinte años, tuve el privilegio de encontrarme con un maestro de Budô. Se llamaba Tetsuhiko Asai; era un Sensei reputado, con una trayectoria impecable, precedido de una historia vital encomiable, inteligente y valiente. Asai Sensei estuvo entre nosotros unos días, enseñó su forma de ver el Karate tradicional, expuso sus pensamientos en forma de trabajo y se marchó de

nuevo a Japón. Asai Sensei falleció hace ya unos años. Aún continúo aprendiendo de él y de la onda expansiva de su trabajo. El impacto que supuso para mí su concepción del Karate-dô, la apertura de su inteligencia y la dirección de sus palabras me dejaron una puerta que siempre se ha mantenido abierta. A veces, decía, los budokas estamos en el momento justo en lugar apropiado y allí, en ese mismo instante, puede producirse un salto cualitativo y cuantitativo hacia el Entendimiento y, esto, puede ocurrir en un lapso de tiempo menor.



Todo lo que asciende, converge

Siguiendo el axioma del gran Theilard de Chardain, pensaba que los budokas tenemos un lenguaje propio, provisto de una terminología singular. Esta manera de expresarnos puede resultar críptica e intangible para unos y otros, personas éstas que no transitan nuestro propio Camino. No obstante, el fondo de las mismas es asequible para aquellos otros que, procediendo de Caminos dispares, han profundizado en ellos con determinación, sin tregua. De esta manera, puede uno coincidir con un actor, un matemático, un médico o un músico y, con ninguno de ellos, personas que han buscado en sí mismas y en sus artes la Excelencia, se sentirá uno apartado, aislado, incomprendido. Cuando uno ha hecho de su trabajo, una manera de ver el mundo y sus gentes, cuando ha aprendido a interpretarlo, cuando pasión, pensamiento y corazón se han dado la mano

en este quehacer, uno, decía, ha desarrollado un lenguaje y éste es convergente con otras lenguas, sean éstas las que puedan utilizar: viajeros, poetas, pintores, filósofos, etc. Por mi parte, he aprendido de Viajeros y Poetas, tanto Budô, como de los consagrados budokas.



La constante renovación

Algunos de los libros que tenemos en la mesilla de noche están ahí por tiempo indefinido, ocupando un pequeño espacio encima de ella. No nos atrevemos a moverlos, porque es ese el lugar al que pertenecen, aunque solo, de vez en cuando, abrimos sus páginas y volvemos a leer las mismas palabras, idénticos capítulos. En mi caso, es así. Algunos de estos libros pueden tener una antigua historia, sus primeras ediciones pueden remontarse a decenas de años; en ocasiones, éstas son actualizaciones de obras centenarias. Me resulta apropiado el símil porque, cuando vuelvo sobre lo ya leído, después de haber transcurrido un cierto tiempo, me encuentro con un libro diferente al que dejé allí, varado, quieto, mudo. Las palabras que vuelvo a leer me comunican otras emociones y soy capaz de atisbar otros mensajes entre sus líneas inamovibles. Esto es así porque nosotros sí cambiamos con el transcurso del tiempo vivido. Así, la práctica

de un Budô está en constante cambio. Cada kata de Karate-dô, Kunitachi de Aikidô, desenvaine de un sable, disparo de una flecha o huella que dejamos en el interior de un dôjô, son, a todas luces, diferentes. Como los libros que leemos una y otra vez, la práctica del Budô nos devuelve cada día un mensaje nuevo y transformado. Esa visualización de constante renovación es Vida y es Oxígeno para el budoka.



Luz, luz, más Luz...

Practicar con poca luz es un trabajo que supone atención, escucha, quietud. Hubo unos años en los que practiqué mucho por las noches, después de estudiar, una vez que ya todos se habían marchado a descansar. Practicar Budô por la noche, sin luz, o bajo la tenue luz de la Luna, comienza, siempre, con la asunción de unas limitaciones que son obvias, pues estamos alejados de nuestro medio ambiente natural: el dôjô iluminado. Más tarde, mientras se desarrolla la práctica, comenzamos a ver con otros ojos: una lectura, ésta, que agudiza todos los sentidos, tanto es así que podemos no reconocerlos, ni siquiera entender su dimensión. Pasados los años tuve en clase a un alumno invidente capaz de aprender con el toque de sus manos, con la finura de su oído, con su extrema sensibilidad y natural percepción. Esto, desde luego, acompañado de una voluntad férrea y una determinación total al Aprendizaje. En ocasiones uno abre los ojos, pero no ve sino oscuridad; es entonces cuando, cerrándolos, puede llegarnos la Luz y la Inspiración pues esta Luz, que es Entendimiento del Budô, no siempre entra en nosotros a través del sentido de la vista. Existe, además, otra Luz, una con la que el budoka se relaciona en la práctica de su Arte: es la Luz espiritual. A veces, esa Luz, cuando el dôjô se cierra, aún permanece en su corazón.



Manos abiertas

Durante unos años formé parte de un Proyecto Social que trabajaba con personas que habían tenido problemas de drogodependencia. Mi trabajo consistía en enseñarles Artes Marciales en distintas fases del Programa. Éste se dividía en tres módulos y, en función de ello, distribuía mi trabajo, enfatizando en uno u otro aspecto del Budô, así: el plano físico y el estudio de la técnica, el terreno emocional y, finalmente, las relaciones humanas. Muchas de aquellas personas habían tenido relación directa con la violencia física y esto suponía para mí un reto importante, pues el mensaje del Budô es, antes que nada, la gestión pacífica de unas potencialidades que han de dirigirse hacia la Educación, esto es, entre otras cosas, hacia el fomento de la Paz, tanto exterior como interior. Siempre he expresado que la defensa personal no tiene sentido para mí, como fin en la práctica de mi Budô, y que ésta puede ser perfectamente desechable en la intención de un estudiante serio y comprometido. He creído que la mejor manera de defenderse es, siempre, una mente carente de violencia, acompañada de una mano abierta y tendida y un ceño no fruncido. Razonando estas ideas, enfrentando estos planteamientos a aquellos alumnos del Proyecto Social, nunca recibí una

negativa por respuesta, antes bien, todos ellos comprendían que uno encuentra fuera de sí, aquello que está gestándose en su interior. Entendiendo esto así, la mejor defensa ante eventuales agresiones consiste en encontrar el Centro Perfecto de la Vida, saber que ésta tiene un Sentido y que uno ocupa un espacio dentro de ella. Esta manera de entender el Budô abre una posibilidad y una razón para la Paz.



Gorei

Siempre que estoy en Japón encuentro un hueco para ir a visitar una Escuela de Kendô cercana al dôjô de mi maestro, Sugawara Sensei, situado en Machida. He visitado esa Escuela a lo largo de casi veinte años y me he encontrado allí con kendokas que con los años se han hecho hombres y mujeres y a los que ví por primera vez siendo niños y niñas, portando sus bogus, gritando kiai y esgrimiendo sus shinais con coraje, emulando así el talante guerrero de sus ancestros samurais. Cuando visito el dôjô en invierno, alguno de los Senseis me acompaña al shomen (la parte más insigne de la Escuela), me acomoda y me invita a ver desde allí la sesión de trabajo. En muchas de estas ocasiones he podido ver a una anciana junto al taikô (tambor). Esta señora ya era anciana, cuando la ví por primera vez y con el transcurso de los años ha ido envejeciendo en compañía, siempre, del viejo tambor, un instrumento que ella misma dirige con gran determinación y dinamismo. En algunas escuelas de Budô, el taikô marca el ritmo del trabajo cuando los maestros quieren unificar el espíritu de los alumnos. El gorei (contaje) sube y baja en intensidad, haciendo que la implicación del kendoka se manifieste de semejante forma. Con frecuencia tengo esa imagen en mi memoria, mientras modulo los katas que realizamos en nuestro dôjô y, también con frecuencia, me alejo de esa idea de

unificación que propone una sola dirección en la práctica de un Arte Marcial. Establecer un ritmo común tiene sus ventajas, sobretodo cuando existen grupos grandes y se pretende llegar a un mismo estadio pero, no obstante, soy partidario de otro escenario: aquel en el que existen tantos taikôs como estudiantes. En este escenario, cada uno de estos instrumentos interpreta un gorei diferente pues los estudiantes son muchos, y sus sensibilidades, dispares. Establecer y modular el ritmo propio y descubrir los acordes con los que uno ha de expresarse en la práctica de su Budô, ha de ser una aspiración a la que no hay que renunciar, con el transcurso del tiempo será una conquista a través de la cual un budoka comprometido pueda encontrar su Libertad.



Los lazos del Dô

Cuando éramos muy jóvenes y nos encontrábamos con los compañeros del dôjô, teníamos por costumbre saludarnos con el tradicional "oss", esa abreviatura del japonés "Onegaishimasu", que utilizamos las gentes del Karate Tradicional. Jóvenes y entusiastas karatekas, mostrábamos orgullosos nuestras señas de identidad, la pertenencia a una Escuela de Budô y a sus valores, haciendo gala de una disposición total a estrechar lazos de amistad con quienes compartíamos la práctica del viejo Karate. Han transcurrido muchos años desde aquellos primeros momentos, pero los lazos continúan irrompibles, la conexión mental es un hecho y nuestra comunicación espiritual, lo es para siempre. Muchas personas entran a formar parte de un dôjô, abandonando la práctica con posterioridad, aprendiendo desde el principio, desarrollando sus ideas, continuando sus caminos, desapareciendo muchas veces, apareciendo otras con el transcurrir de los años, tomando el pulso de sus vidas en contextos dispares, regidos por otras pautas, situados en otras latitudes; este es el transcurso natural de las cosas y del propio movimiento de la Vida. No obstante, todos los que compartieron por un tiempo el estudio y práctica del auténtico Budô, aquellos que ahondaron en su Esencia, quienes buscaron su plenitud y afrontaron todo lo que ello conlleva, los idealistas de la Excelencia del

Bandomusha, éstos, mantienen con sus compañeros de trabajo un punto de encuentro en sus memorias, un lugar en sus corazones, una huella imborrable en sus almas, algo singular que les enlaza y une. Salvo excepciones, ese vínculo espiritual, como auténtico shimenawa, es irrompible.



Cualquier lugar puede ser un dôjô

Durante unos años tuvimos un dôjô en un humilde barrio -entonces periférico- de la Ciudad de Badajoz. Un grupo de jóvenes practicantes de Budô nos reuníamos allí para disfrutar con pasión de nuestro Arte Marcial. Las condiciones higiénicas que allí se vivían eran muy deficientes, pues el dôjô estaba situado en un sótano y en esos espacios cerrados, lóbregos y poco ventilados, suelen aparecer humedades y malos olores que generan un permanente malestar ambiental. En la parte trasera de este local existía una zona destinada a los animales, no obstante, impertérritos, alejados del mundo, practicábamos diligentes, atendiendo a nuestro trabajo más inmediato. Una parte de nuestro dôjô estaba dedicada a practicar Kata y Kobudô. Era éste un espacio diáfano, en el que disponíamos de una moqueta sencilla, que había que limpiar cada tarde, pues durante el día los roedores campaban a sus anchas por la superficie del piso dejando allí sus excrementos. En esta mitad del local habíamos colocado un espejo en vertical, extraído de algún armario familiar, que nos permitía una cierta visualización de la técnica que estudiábamos. En la otra mitad del dôjô estaban los makiwara y, junto a ellos, nuestro banco de pesas. Este humilde aparato había sido construido en hierro, de forma artesanal. La barra consistía en un listón de madera con dos latas de Cola-Cao rellenas con cemento. Las mancuernas eran de igual manufactura. Existían también

varios tensores, algunas cuerdas para saltar, un makiage, varios sacos ligeros y algún que otro saco pesado. Fuimos felices en aquel lugar tan poco recomendable para la salud. Años más tarde, cuando viajé por India, pude ver escuelas de distintas Artes Marciales. En alguno de estos lugares, las deficiencias con las que los estudiantes convivían a diario no tenían comparación con nuestro dôjô original, siendo, éstos sí, escenarios verdaderamente inhóspitos e insalubres. No obstante, siempre observé que niños y niñas, jóvenes y adultos mantenían un fervor por la práctica que pocas veces he visto en los dôjôs occidentales que he visitado, entregándose a su Arte con pasión, pisando un suelo de barro o arena, respirando en espacios sin ventilación, sin luz natural, carentes de uniformes dignos para la práctica, sin estéticas, comodidades o formalidades al uso. En Okinawa, cuando el Karate Tradicional aún tenía otro nombre, los maestros enseñaban su Arte en los jardines, playas, patios, calles y plazas. La indumentaria hoy utilizada para la práctica no existía, tampoco tenían cabida las graduaciones, las pruebas de nivel, las confrontaciones deportivas, etc. El Arte se practicaba sin ese tipo de recompensas materiales. En nuestro momento actual, no existen muchos dôjôs tradicionales de Budô y es frecuente que los estudiantes aprendan en superficies deportivas, centros de alto rendimiento, gimnasios multidisciplinarios, polideportivos, etc. Los parámetros en estos lugares son radicalmente diferentes a los que existen en un dôjô de Budô, se miden por exigencias en las instalaciones, horarios flexibles y adaptables, uniformización de los participantes, registro y contabilidad de los mismos, implicación personal reducida, seguros de responsabilidad, etc. En mi opinión, es imposible aprender una forma de Budô en un espacio así. Ciertamente es que cualquier lugar puede ser un dôjô, pero no es menos cierto que cuando desaparecen todos esos factores de consumo, de feroz materialismo, de vanguardia y modernidad -o post-modernidad- y aparecen los dôjôs sencillos, humildes, difícilmente localizables, escuelas donde un estudiante serio busca el hecho mismo del Aprender, es en esos espacios únicos y singulares, decía, donde Arte Marcial y Artista pueden mostrarse realmente Verdaderos.



Breviario de los vencidos

A mi modo de ver, las comparaciones no nos enseñan nada real; en ellas se pone en valor un talento, olvidando que todos y cada uno de nosotros disponemos de nuestro talento personal y que es ese diamante el que hemos de saber encontrar, pulir y desarrollar, sin olvidar potenciar nuestras debilidades. La comparación, resta, hiere sensibilidades, minusvalora la valía personal, refuerza los egos y margina al vencido. Esto, desde luego, tiene muchas variables, direcciones, interpretaciones y manifestaciones, entre ellas: las pruebas de capacitación, exámenes, gradaciones, graduaciones etc. Hace muchos años dejé de utilizar esa pauta de evaluación en mi dôjô, sencillamente, dije adiós a esa manera de calificar y clasificar el Conocimiento, un esquema que, en mi opinión, además de ser hiriente, es del todo irreal. En el Japón Medieval, las Escuelas de Bujutsu no utilizaban los exámenes al uso para capacitar a sus estudiantes, éstas se regían por el sistema Menkyô, o sistema de Licencias. Estas capacitaciones, escritas, selladas y reconocidas por la Escuela, se entregaban directamente de persona a persona, de maestro a discípulo, de heredero de la Escuela a alumno. Ese reconocimiento, dirigido desde un corazón a otro, sí me parece humano, real y verdadero. Estoy convencido de que la Comprensión y Entendimiento de nuestro Budô pasa por la práctica sincera y esa es

invaluable e incalificable por alguien que no sea tu propio Sensei. Una vez hablé con mi maestro acerca de esta idea: nunca más ha vuelto a realizarme un examen.



Tokui Kata

Se ha hecho una costumbre en mi trabajo comenzar el otoño dedicando todo mi tiempo al estudio de los katas más elementales del Karate Tradicional. Adaptan el cuerpo al trabajo exigente de mis clases y, también, van introduciéndome en el mundo más complejo que suponen los katas intermedios y avanzados del Karate que enseño y practico. A medida que el año va transcurriendo y llega el invierno, mis planteamientos comienzan a cambiar e introduzco en mi trabajo los katas de un nivel superior y su bunkai. Después, cuando aparece la primavera y llega finalmente el verano estudiamos los katas más complejos, damos forma a sus aplicaciones y analizamos su razón de ser. De forma natural he ido asumiendo este planteamiento sin oponerme a esa interpretación, antes bien, la he fomentado y dejado vivir dentro de mí. Desconocemos si, atendiendo a la historia, los katas deben encuadrarse en una época del año, en un momento del día, en un estado de ánimo o en un período de la vida de un practicante de Budô, pero en mi caso, y en relación con la práctica del Karate Tradicional, así es. No creo que los katas estén diseñados para ser vehículos de expresión de todos y cada uno de los practicantes de Budô, pudiendo, a la vez, utilizarse en cualquier contexto físico, temporal, emocional, etc. En mi

opinión existe un kata para cada estudiante de Budô. Siendo, como es, una cápsula en el tiempo, un libro sin texto, un mensaje con firma y fecha; teniendo, como tiene, una procedencia y una pertenencia, el kata es en esencia el hombre que lo ha configurado; ese constructor nos habla e informa a través de su obra y por esta sencilla y noble razón lo estudiamos con respeto. Si sabemos observar ese legado que es su kata, entenderemos cómo era su vida, cómo, su entendimiento de la misma, descubriremos su psicología, su anatomía, su espíritu e intencionalidad. Desde nuestra perspectiva actual, asumimos sin más esta práctica, realizando unos katas que hemos heredado y quizá no entendemos que no hacemos más que actuar como lo harían ellos, pues utilizamos cápsulas y vehículos que estos maestros construyeron para su propia expresión. A mi modo de ver aprender así es un paso obligado pero mirando con mayor proyección quiero creer que ese no es el final. Para encontrar el Budô ideal, ese que resultará ser la expresión de Uno Mismo, debemos tallar nuestro propio kata. Este kata -personal, intransferible, singular- tendrá una información, un ADN; atenderá, no sólo a la psicología, no sólo a la anatomía, al espíritu o a la intencionalidad de su creador, expresará también el período de la vida en el que fue construido, el momento propicio para su práctica y el estado de ánimo óptimo para ser ejecutado. Ese kata será el verdadero Tokui Kata de un budoka.



Arte Mayor, Completa Poesía.

Me gusta la Poesía pero no soy un poeta, sólo un humilde lector y, en ocasiones, reúno palabras que pretenden formar un poema. Eso es todo. En mi Ciudad, hemos tenido un Aula de Poesía fruto del trabajo de un grupo de Poetas, entre ellos: Ángel Campos Pámpano, su director y verdadera "alma mater". El Aula Enrique Díez-Canedo supuso un hito en el panorama de la literatura de esta Ciudad. Una vez al mes dejaba una de mis clases de Karate en aquel que era entonces mi dōjō y me acercaba al Museo de Arte Contemporáneo, a escuchar a los verdaderos Poetas. En mi opinión, la Poesía es un Arte Mayor. Las metáforas con las que el Poeta se expresa son un acto de Inteligencia con capacidad para poner en palabras toda una Imaginación y, a través de ese impulso, emocionar al lector. Como los autores que escuché fueron muchos, mis opiniones sobre sus expresiones fueron, igualmente, dispares. Los encontraba ataviados con todas las tendencias, todos los ritmos, todas las sensibilidades, etc. Estaban aquellos que componían con tiralíneas, apoyándose en diccionarios de sinónimos y antónimos, eran quienes rimaban absolutamente cada verso, los compositores analíticos perfectos, hombres y mujeres impolutos por fuera y por dentro, máquinas de una creación que yo suponía artificial. Después, aparecían los arribistas, los deshilachados, comprometidos con la espontaneidad, con el verso libre, con la palabra ahora blanca, cuando esta urgía en el poema, ahora negra, cuando la demandaba la historia por ellos

contada. Estos últimos, para mí los verdaderos artistas, eran errantes de la Poesía, expresivos de su Naturaleza –fuera esta cual fuere- marginados de los circuitos contemporáneos más exigentes, de las demandas más actualizadas, de la feroz post-modernidad que aboga por una estructura impoluta, sin mácula. Bajo mi punto de vista, estos poetas minoritarios eran transmisores de la verdadera Emoción y del Talento. También en Budô vivimos un momento en el que todo ha de ser cribado con idéntico análisis: efectividad y practicidad, técnica milimétrica, forma sobre fondo, progreso en decadencia, frialdad del gesto; para nuestra extrañeza, y la de muchos puristas del Arte Marcial, todo ese panorama se encuentra ahora por encima de la Emoción del Paisaje Interior, de la Espiritualidad bien entendida, del Fondo sobre las formas, de la Educación con mayúsculas que propone y enseña el viejo Bujutsu. Creo que no exagero si afirmo que este camino en paralelo lo viven todas las Artes: Poesía, Pintura, Escultura, Música, Teatro o Budô. El Arte es siempre un reflejo de la sociedad. En líneas generales los budokas hemos manipulado nuestro Arte en favor del logro inmediato, del análisis matemático de la técnica y de ciertas recompensas que no son más que humo y plástico. En líneas generales, decía, hemos permutado el fondo por la forma, olvidando el hondo Interior: una profundidad que ya casi nadie se dispone a medir.



Un dedo apuntando hacia la Luna

El haiku es una forma de poesía compuesta por tres versos que sostienen una métrica de cinco, siete y cinco sílabas. La dificultad de esta composición radica en el hecho de sintetizar una idea singular en tan corta estructura. A veces, colocar una sola piedra es tanto como construir una Catedral; una palabra justa o cálida puede transformar el entorno; un gesto es suficiente para hacer comprender; como en aquel Poema del gran Herman Hesse cuando el anciano maestro, levantando el dedo y señalando la Luna llena, despertaba el espíritu de su joven alumno. Sólo un gesto, sin palabras y dentro de él todo su Ser. También en Budô el minimalismo puede resumir la Esencia del Arte, el Espíritu que lo envuelve y el Amor que el budoka siente por su práctica. Una sola técnica; Aquí y Ahora. Una única expresión; Principio y Fin. Un instante y, en su interior, descubrimos un Universo.



Omote y Ura

En Badajoz, las noches de invierno suelen venir acompañadas de nieblas. Había cerrado el dōjō pasadas las once, hacía frío y llovía. Nada, mientras caminaba hacia mi casa, me podía detener. Mi determinación era clara: necesitaba el calor del hogar. Cruzaba calles mojadas, el viento arreciaba y con él la soledad de quien se siente pasajero fugaz, viajero errante, alguien de paso en un lugar indeterminado. Mientras debatía con mi estado de ánimo observé en una pequeña vivienda una luz tenue, pero, no obstante, suficiente para iluminar con calidez el interior. Pensé de inmediato que aquella interioridad, aquel recogimiento, aquella intimidad equivalían a ese concepto tan barajado en Budō, y en especial en Aikidō, que es Ura: lo que no es para todos, eso que pertenece a la familia, algo intransferible, un coto vedado, lo personal. Volví a mis pensamientos, crucé fachadas oscuras, avenidas vacías y calles desiertas, dándome cuenta de que estaba caminando sobre el estado antagonista de Ura, que no es otro que Omote: el superficial, el externo, el mundano, el visualizado, el impersonal. Omote es la forma, Ura el Fondo de la misma; Omote es el Kata, Ura su bunkai; Omote utiliza palabras precisas, medidas, científicas; Ura lo hace con conceptos crípticos, esotéricos; Omote es el comienzo, Ura su trascendencia. Aunque arduo,

carente de afecto y frío, es necesario transitar el camino de Omote, para llegar finalmente a ese cálido hogar, que es Ura.



Lenguajes complementarios en Budô

Muchos de los términos que utilizamos en Budô pueden interpretarse a través de dos lenguajes, distintos, pero, complementarios. Existe un lenguaje práctico y otro poético; un lenguaje material y otro espiritual; un lenguaje definido y otro menos claro, como metafórico y hermético.

En Iaijutsu, por ejemplo, conceptos como Nuki tsuke, Furikabute, Kiri tsuke, Noto tsuke, Shimaru o Shiburi, pueden entenderse desde una óptica técnica, y hablaríamos de: envaines, desenvaines, cortes, estrategias, limpieza del sable, etc.; o bien, atendiendo a otra lectura, los entenderíamos como: "Apertura a la Vida", "Ruptura del ego", "Volver al Origen", etc.

Es éste último el lenguaje más críptico del Budô, menos accesible, más esotérico pero, a mi modo de ver, no más importante, pues ambas formas se necesitan, como se necesitan los opuestos en muchas otras facetas de la Vida.

El lenguaje críptico es muy utilizado en Aikidô; hablamos habitualmente de: Ki, Kimochi, Kiai, Kokoro, Hara, Ai, etc., para nombrar: Energía, Entrega, Liberación, Sinceridad, Centro Perfecto, Comunicación, olvidando que también podríamos definirlos como: "Fuente de Vida", "Entrega sin reservas", "Manifestación del Amor", "Corazón Espiritual".

Muchas veces los lenguajes dividen a los practicantes de Budô siendo, no obstante, canales a través de los cuales todos nos expresamos, tratando de definir nuestras ideas con las fórmulas que más se acercan a nuestra naturaleza interior. Los hombres prácticos utilizan un lenguaje llano, medido y directo, acotando las palabras y eliminando aquello que pueda resultar sustitutivo. Otros, menos concretos, se esfuerzan en utilizar lo metafórico, lo subliminal, lo intuitivo o etéreo. Ambas formas explican idénticas situaciones, manifestaciones humanas o principios de Budô y, en mi opinión, ambos lenguajes han de coexistir, convivir, alimentarse y compartirse.

Más allá de estas formas han de estar los hombres y mujeres de Budô, pues converger, en aquello que es Esencial, es el triunfo de la Inteligencia y ésta nunca secciona, limita, o divide, antes bien, aspira a tender puentes, unir voluntades y coexistir, mirando siempre por encima del lenguaje inmediato.



Una música para el ocaso

La obra de Nicolás Roerich me ha acompañado durante gran parte de mi vida, habiendo seguido su rastro a través de Rusia, India y los Estados Unidos. En Nueva York, hace ahora diez años, tuve la oportunidad de visitar el Roerich Museum y entrevistarme con Daniel Entin, su Director y verdadera "alma mater" del "Movimiento Internacional Bandera de la Paz" en aquel país. Daniel había vivido ya mucha vida, cuando me observaba desde una distancia que yo creía imposible de atravesar, una lejanía que se volvía más y más cercana a medida que íbamos conociéndonos y mostrando nuestras inquietudes en relación a la Vida del Maestro.

En nuestra charla, Daniel, quien por entonces rondaba ya los setenta años, iba desmenuzando su propia existencia, la relación que sostuvo con la familia Roerich -especialmente con Svetoslav, a quien conoció y trató- y finalmente sus perspectivas futuras en relación al Museo que dirigía. En un momento de la conversación, nos detuvimos a hablar sobre música y la relación que con ella tuvieron Nicolás y Helena.

A los Roerich les fascinaban algunos músicos contemporáneos, como Borodín o Músorgski, con cuya música habían convivido en sus viajes por Europa cuando, acompañando a Diaguilev, representaban en Londres o París. Dicen que en Urusvati, su casa de los Himalayas, escuchaban las “Estepas de Asia Central”, “Boris Gódunov” o “El ocaso de los dioses” hasta altas horas de la madrugada, encontrando entonces su Inspiración, un estado que les conducía a la Creación artística y literaria.

En un impulso le pedí a Daniel que me aconsejara acerca de la música preferida de Nicolás, para emularlo y tratar, también yo, de inspirarme, como él lo hubiera hecho. Daniel no me contestó de inmediato, antes bien, me mostró el planning de actuaciones que el Roerich Museum de Nueva York tenía reservado para aquel año, apreciando en él una gran y variada muestra de compositores, muchos de ellos desconocidos para mí, pero todos, a su juicio, dignos de sorprendernos por su virtuosismo y creatividad. Me habló después de la Música, no como patrimonio exclusivo de un ser humano, ni como fuente de inspiración de alguien en especial, sino como un vehículo de sensibilidad que nos pertenece a todos, una posibilidad de expresión capaz de elevarnos hacia cotas más elevadas de Humanidad y Conocimiento. Trataba Daniel de hacerme entender que la Música que inspiró al gran Nicolás no tenía por qué ser aquella con la que yo mismo pudiera identificarme, realizarme, crecer y elevarme.

Por encima de las formas, que son las piezas musicales, decía, más allá de sus creadores, de los compositores, la Música es la propia Vía, susurraba con parsimonia.

En ocasiones observo un comportamiento semejante en Budô. Los budokas nos sentimos a veces perdidos, desolados e inseguros, intentando enmendar nuestro camino continuando los pasos de otros, personas que, a su vez, caminaron detrás de sus predecesores, sintiendo, también ellos, las mismas pérdidas, idéntico desconsuelo, semejante inseguridad. Así, es común escuchar entre los practicantes de Artes Marciales: “Nosotros seguimos las enseñanzas del Maestro Ueshiba”; “Queremos continuar la senda trazada por Miyagi Sensei”; “Es nuestro deseo profundizar en el camino iniciado por el Maestro Funakoshi”; “Somos fieles a los dictados de Kano Sensei”, etc.

Decía un sabio que todo aquello que no es tradición, es plagio. Yo creo que en ese continuum que es el Budô, la tradición es, también, Movimiento y que ese movimiento, que es Vida, está por encima de personalidades, nombres y fechas; pienso, además, que ese movimiento no tiene pasado y que no tendrá un final, mientras permanezcamos aquí, viviendo como Seres Humanos.

Interpretar el Aikidô desde Uno Mismo, el Karate-dô desde Uno Mismo o el Judô desde Uno Mismo es, en mi opinión, una Tradición Revolucionaria.

Sí, existe una Tradición Revolucionaria y una Revolución Tradicionalista y ambas están más allá de los nombres propios.



Maniwa Nen ryû

La Curiosidad es una de las variables que tiene la Vida para manifestarse, crecer y desarrollarse. El espíritu de este impulso es, siempre, el Aprendizaje. En el Ser Humano, este impulso no tiene fin, manteniéndose consustancial a su Esencia más íntima. Hace treinta años pude comprar uno de los libros más emblemáticos que se han escrito en Europa sobre las Artes Marciales Tradicionales de Japón, lo firmaba Michael Random, un cineasta y escritor francés, fascinado también por las Tradiciones Medievales del viejo país de Cipango. El título de este libro, escrito originalmente en francés, era: Les Arts Martiaux ou l'esprit des Budô. Por distintas circunstancias de la vida, odiseas, olvidanzas y estudios, aquel libro sin igual, editado en un formato de lujo, se perdió para siempre en Madrid, no obstante las fotografías que allí se contemplaban habían calado ya dentro de mí y siempre me acompañaron. En uno de los capítulos de este trabajo, Michael Random nos adentraba en una de las viejas Escuelas de la Tradición Koryû del Japón medieval: Maniwa Nen ryû, una auténtica Escuela de Armas con un origen complicado de definir. La Escuela antecesora de Maniwa Nen fue Nen ryû, un Koryû cuyos orígenes se remontan al siglo XIV, una época plagada de conflictos guerreros, batallas,

luchas de poder y destrucción que iría desembocando en la costosa Paz de los Tokugawa y el Período Edo, acaecido a principios del siglo XVII. En el siglo XVI, una de las facciones de Nen ryû, cuyo nombre es en la actualidad Maniwa Nen ryû, permanecía en activo, originándose en su momento a partir de aquella otra Escuela, ya definitivamente olvidada y perdida, desde entonces el pueblo de Maniwa, situado en la Prefectura de Gunma, en el Japón más rural, sostiene y protege el Koryû. Perdido y escondido, aislado de los movimientos vanguardistas, materialistas y renovadores de Tokyo, este Koryû clásico mantiene su dôjô en la pequeña villa de Maniwa. Las fotografías que exponía Michel Random no dejaban lugar a dudas y el ambiente que él describía era fascinante, real y auténtico; campesinos, agricultores, hombres del pueblo, gentes sencillas, niños, niñas y ancianos de todas las edades se reunían en el dojo después de una jornada de trabajo para disfrutar de su Escuela, contemporizar, intercambiar experiencias y opiniones sobre lo acontecido en el día, y realizar kata en un ambiente tranquilo. Es este, a todas luces, un panorama que también se ha desarrollado en algunas Escuelas de Karate Tradicional en Okinawa y creo que pocas personas no estarían de acuerdo en aprobar semejante concepto de Budo. Después de haber tenido el proyecto de visitar Maniwa durante tantos años, este mes de Enero he tenido la inmensa fortuna de poder realizar ese viejo sueño, un sueño que la Curiosidad, siempre presente, y el ánimo de mis dos compañeros de Viaje: Enrique Palacios y Raúl Morales, me han ayudado a conseguir. Este dojo, que aquí se muestra es la sede de Maniwa Nen Ryu y estas paredes que lo forjan contienen una historia que se remonta al siglo XVII. Finalmente, la Curiosidad ha vuelto a sembrar de Vida el Aprendizaje sin fin de unos hombres de Budô.



Sôgô Bujutsu: La música de la diversidad

En la antigua Grecia, el individuo era un ser polifacético con cierto rechazo a la especialidad. Los hombres que demostraban sus habilidades en las Olimpiadas eran amateurs, trabajadores que durante unas semanas abandonaban sus quehaceres y ocupaciones profesionales, sometiéndose a una disciplina rigurosa, estando -¡claro!- alejados del actual espíritu olímpico: un ideario en el que los atletas batallan a diario contra sí mismos en un afán sin límites por batir un récord.

El Arete, o Excelencia, suponía una elección dirigida hacia la Totalidad y, entendiéndola de esta manera, un desprecio hacia un logro inmediato, menor (según su criterio) y unidireccional: un espacio éste en el que se encerraba la especialización.

Decía Darwin que en la Historia de la Evolución los arquetipos son imágenes efímeras, el “ruido” de fondo. La verdadera “música” –enseñaba– es la Diversidad.

Esa Diversidad enlaza con la Excelencia dirigida hacia la Totalidad, siendo ésta la dirección que persigue Sôgô Budô. Este concepto nos enseña que el conjunto es la dirección correcta, y que esta senda ha de tener como objetivo la Completa Formación. En ella se mantiene que el medio no es el fin y se mide la eficacia en términos de formación humanística, no a través de la practicidad apriorística del Arte elegido.

Muchos de los Kôryû (Tradiciones Marciales Medievales de Japón) que surgieron durante el Período Muromachi (especialmente en el siglo de Sengoku -1467-1568), son una muestra significativa de Sôgô Bujutsu. Escuelas como Tenshin Shôden Katori Shintô ryû están compuestas por más de una decena de formas de Bujutsu, acompañando a su curriculum técnico otras disciplinas afines: unos estudios que configuran un auténtico baluarte de formación humanística integral. Así, un bujutsuka de este Kôryû estudiaba -y estudia: Iaijutsu, Kenjutsu, Naginatajutsu, Sôjutsu, Bôjutsu, Ryôtôjutsu, Kôdachijutsu y, a la vez: Kigaku, Sôgaku, Hôjutsu, Ninjutsu, Chikujôjutsu, etc.

A los ojos de esa evidencia histórica que son los Kôryû, entendemos que el bujutsuka perseguía la Excelencia como formación técnica y humana a través de Sôgô Bujutsu. A este concepto de Excelencia lo llamamos: Bandomusha (Etimológicamente: llegar a ser una persona de Excelencia a través de la práctica del Budô).

Esta situación descrita se observa igualmente en la enseñanza y práctica actual de otras formas de Budô, como por ejemplo: Karatejutsu (Karate-dô) o Aikidô.

La segmentación actual del Karate-dô responde a la consecución de lo inmediato, un planteamiento que se aleja del mantenido aún en algunas Escuelas tradicionales de Okinawa, donde el tratamiento de este Arte puede aún encontrarse en su estado primigenio. En este contexto, la tradición del viejo Toudi, Tôde, Okinawa-te, Karatejutsu o Karate-dô, continúa manteniendo un esquema integral de estudio y práctica, encontrándose en su haber: Tegumi, Bukiwa, Tuite, Kata, Tigwa, Muchimi, Kyushôjutsu o Hojo Undo; es decir: técnicas de desequilibrio y proyección, trabajo con armas, controles articulares, secuencias técnicas establecidas, práctica de percusiones, ejercicios de sensibilidad con manos y brazos, tratamiento de

los puntos y zonas vitales del cuerpo humano, fortalecimiento y acondicionamiento, etc.

Así mismo, al igual que veíamos en el estudio del Kôryû, el ancestral Karatejutsu incorporaba en sus estudios el tratamiento de lesiones con la aplicación de terapias manuales y naturales (sobre todo aquellas derivadas de problemas osteoarticulares, muy frecuentes en los keikos) tales como: Acupuntura, Ajuste Articular Osteopático, Fitoterapia, etc.

Por último, atendiendo al axioma Bun-Bu-ryô-dô (la guerra y la pluma como un solo camino) los aspectos históricos y filosóficos conformarían una parte sustancial de la enseñanza.

En algunas de estas Escuelas de Karatejutsu en las que estoy pensando mientras escribo estas líneas, continúa enseñándose que la relación entre un estudiante y el Arte practicado Es de por vida, de esta manera, siendo, como es, una auténtica Forma de Estar en el Mundo, el Karatejutsu llega a ser querido, cuidado, venerado y valorado. En mi opinión, esta es una diferencia sustancial con respecto al planteamiento que encontramos en un dôjô occidental.

En relación al Aikidô, la concepción más extendida se establece dentro de una corriente de trabajo muy vanguardista, que da prioridad a la circularidad, amplitud y estética de los movimientos, olvidando otros aspectos clásicos de este Arte Marcial, como: Buki waza (Kumitachi y Kumijo), Kaeshi waza, Atemi waza, etc.

Defendiendo el concepto Takemusu o, Evolución dentro del Arte, opino que el Aikidô no ha de olvidar sus orígenes técnicos históricos, unos recursos provenientes de algunas de las Escuelas tradicionales más interesantes que hayan podido constituirse, tales como: Daitô ryû, Tenshin Shinyô, Kitô ryû, Shinkage ryû, Kashima Shintô ryû, etc. Este auténtico equipaje curricular, unido a los ideales que el Aikidô propone y mantiene a través de Shugyô, Misogi, Ki, Kokyû, etc., le aporta una dimensión espiritual y educativa extraordinaria.

Escribo estas líneas tratando de establecer estas dos realidades, para mostrar a los alumnos de Kenshinkan dôjô que existen otras formas de relacionarse con un Arte Marcial. Es posible que la última palabra ya esté

dicha, y que ésta se esté configurando desde hace décadas en nuestro mundo actual, un mundo en el que triunfa: la Estética del movimiento, frente al movimiento espontáneo, rudo e instintivo; un esquema técnico simplificado capaz de ser abordado en unos años, frente a un curriculum que nos ocupará toda una existencia; la consecución de una medalla o el reconocimiento público a través de un diploma, frente a la práctica mantenida por sí misma donde el logro consiste, únicamente, en hacerla realidad cada día.

Quizá, decía, las Tradiciones del Budô y del Bujutsu acaben por diluirse, fraccionarse y dividirse, perdiendo así aquella consistencia inicial dirigida hacia la Totalidad, pero, no obstante, al igual que ocurre con las palabras y su Etimología, la Historia pueda servirnos para comprender el verdadero origen de nuestro Arte. Es posible que, comprendiendo este origen, pueda nuestro tratamiento dirigirse hacia la Diversidad. Quizá, abriéndonos a esa Diversidad que propone Sôgô Budô, podamos un día aspirar a vivir ese estado de Excelencia que es Bandomusha.

No conozco mejor ejemplo de Sôgô Bujutsutsuka que el de mi propio Maestro: Tetsutaka Sugawara Sensei. El periplo de Sugawara Sensei en relación al Budô y al Bujutsu no tiene parangón. Sugawara Sensei reúne dentro de sí un enorme conocimiento, motivado por su continuo estudio e investigación: un periplo que le ha conducido a estudiar muy diferentes formas de Bujutsu Tradicional y de Budô.

Sugawara Sensei comenzó a estudiar Judô en su Hokkaido natal, alcanzando el grado de Sandan (tercer dan). Después, se introdujo en Aikidô con Morihei Ueshiba Sensei y Morihiro Saito Sensei. Sugawara Sensei posee el grado de Nanadan (7º dan en Aikidô).

Tetsutaka Sugawara ha estudiado durante cuarenta años Tenshin Shôden Katori Shintô ryû, una de las Tradiciones Marciales más antiguas del Bujutsu Tradicional de Japón. En la actualidad enseña esta Escuela en diferentes dôjôs de distintos países del mundo.

Ha estudiado Okinawa Karate-dô con An'ichi Miyagi Sensei, Morio Higaonna Sensei y Kato Toyotomi Sensei, tanto en Okinawa como en Japón poseyendo el diploma de Kyôshi.

Desde hace treinta años, Sugawara Sensei estudia Tai Chi y Chi Kung con Xing Yang Ling Sensei, una exponente de renombre y prestigio a quien invitó a Japón en los años ochenta, y quien, posteriormente, fue su maestra en el estudio de las Artes Marciales Chinas. Después de residir en Japón durante más de dos décadas, Xin Sensei, obtuvo la nacionalidad japonesa. En la actualidad continúa enseñando en el dojo de Sugawara Sensei, en Machida, Japón.

Sugawara Sensei ha recorrido Siberia, China, el Sudeste Asiático, Hokkaido, Corea y Okinawa, buscando los orígenes chamánicos e históricos de las viejas Artes Marciales.

Siguiendo con el axioma Bun-Bu-Ryô-Dô (la guerra y la pluma son una unidad), Sugawara Sensei ha editado numerosos libros sobre las más diversas tradiciones del Budô y del Bujutsu, escribiendo, él mismo, varios volúmenes, y colaborando en distintas revistas y asociaciones de Japón en los campos de la Historia y Filosofía del Bujutsu Tradicional de su País.

El dôjô de Sugawara Sensei en Machida no podría tener otro nombre que: Sôgô Budô Kenkyushô.



No método: orden y caos dentro del dôjô

Los antiguos taoístas chinos (seguidores del Tao) repetían: “El hombre perfecto no tiene método”. Aunque parezca un contrasentido, este No-método es en sí mismo una filosofía, una manera de conceptualizar la práctica y, finalmente, una forma de entender la propia existencia. Esto es así porque el axioma arriba mencionado defiende un continuo y constante “fluir”.

Es una tarea difícil, tratar de explicarme en relación a esta idea, que se me antoja de mucho calado, pero quisiera ahora hacerla extensible a nuestra relación con el Budô.

Los budokas vivimos un tiempo significativo, un momento en el que se consumen Escuelas, Organizaciones y Sistemas. Los métodos, estructuras y metodologías, coartan y acotan la libertad de los estudiantes que, reunidos en torno a un esquema, buscan su expresión a través de Ideas que no les son propias.

A mi modo de ver, si el deseo es mantener con vitalidad un determinado trabajo, su entendimiento ha de estar en continuo movimiento, pues el establecimiento en principios inamovibles no conseguirá del practicante sino amordazarlo, destruirlo e impedir su crecimiento, aunque una primera apariencia lo revista de solidez.

Un método Es, mientras se transforma y construye, realizándose esto en cada instante. La consecuencia inmediata del camino trazado será la adaptación de la práctica al espíritu del arquitecto -su verdadero valedor- quien le irá dando forma, como la Vida misma le da forma a él, en una relación que se sucede desde el nacimiento hasta la muerte.

El gran Leonardo da Vinci nos enseñó: "Así como eres, ves". Siguiendo la estela de esa Verdad que enunciaba el Maestro, comprenderemos que, si mantienen un camino ascendente, los estímulos vitales que el Arte recibe de su constructor harán que éste evolucione hacia metas más altas en concepción y realización. A este cambio constante lo nombramos: No-Método.

En Budô y Bujutsu, disponemos del concepto ryû. Ryû hace mención a aquello que fluye, aún permaneciendo unido a lo tradicional y antiguo (Kô). Así pues, Kôryû es "Un continuo fluir en lo antiguo, en lo clásico, en lo primigenio". Esa fluidez a la que aludo reside en una forma que evoluciona sin freno, manteniendo en su fondo un nexo con el Arte original. Es, en este contexto en el que me expreso, un No-Método dentro de un Método.

Los maestros japoneses del Arte del Aikidô llaman Takemusu a eso que se construye a partir de un estadio primigenio. Esta idea se amplía aún más cuando se aplica al Arte como una Totalidad. Entonces la dimensión del Aikidô no tiene fin y, si lo tuviera, éste estaría encuadrado en los límites que imponen: la Sensibilidad, Imaginación y Creatividad del estudiante. Es en esa dimensión renovable donde toda forma de Arte tiene sentido, como manifestación que es de Uno Mismo.

La diferencia entre dominio y conocimiento será aquella que también existe entre experto y artista, es decir, entre el hecho de haber conquistado con férrea voluntad una forma de Arte y el Logro Mayor que supone alcanzar a expresarse a través de él.

El hombre no ha de adaptarse a los métodos, formas o estilos; antes bien, todos ellos deberían estar al servicio de los Hombres Libres. Si el desarrollo del Arte busca agrandar el espíritu humano, comprenderemos que los métodos, estilos, escuelas y sistemas, no son más que visiones personalizadas de unas formas de Arte y Cultura pero, sintiéndonos individuos (aquello que no admite división por ser único), no podemos mirar a través de ojos ajenos, ni expresarnos plenamente con palabras de otro. Nadie, finalmente, puede vivir su propia existencia emulando la de otro ser humano, porque el Yo merece una oportunidad y, ésta, la encontraremos recorriendo nuestro propio Camino.

Ese Camino que recorreremos -personal, en continuo proceso de renovación, siempre naciente, constantemente fluyendo- es el No-Método. No es una interpretación sencilla del Arte elegido, requiere afrontar la práctica en constante apertura de corazón, mente y espíritu y, además, en desapego (Mû), porque en ese proceso las formas no se pueden atrapar, y no aferrándose a las formas, uno se siente sin asideros, desprotegido, sin referencias.

En mi opinión ese estadio dibuja el Verdadero Camino de la Libertad, una Libertad que hemos pretendido alcanzar a través de la práctica de nuestro Budô.



Los equilibristas

Esta fotografía es impresionante. Los obreros se mantienen colgados allá arriba, impertérritos ante las miradas, la tensión o el miedo, concentrados, únicamente, en el trabajo que realizan: una actividad no exenta de riesgo en la que un azar fortuito puede causarles la muerte por caída al vacío. Incluso a esa altura, descansan, sentándose a fumar un cigarro encima de una viga, causando impresión, despertando la risa, liberándose del miedo y relegando el ambiente, consiguiendo así que la altura no les paralice, imposibilite y bloquee su voluntad.

El equilibrio con el que estos hombres trabajan no es solo una facultad física, alimentada a diario, aprendida en una escuela de oficios, transmitida de una generación a otra, demuestra, además, una actitud y disposición espiritual completa, capaz de enfrentar los acontecimientos: la fortuna y la adversidad; la disciplina y el entretenimiento; el placer y el dolor; la austeridad y la abundancia; la concentración y la contemplación.

Yo creo que la relación del budoka con el Budô, ha de ser una relación fundamentada en ese equilibrio.

En ocasiones las Escuelas de Budô sostienen una filosofía muy determinada, derivada en exclusiva hacia el logro y el disfrute inmediato, la

evasión apriorística o el entretenimiento menor; esto, cuando no se enfocan, hacia el extravagante esnobismo o la intención consumista, orientalizante y pseudo-espiritualista.

Olvidamos que, como parte de una Cultura que son, las Artes Marciales Tradicionales han de ser, también, un punto de encuentro con la Voluntad, el Sacrificio, la Constancia, el Esfuerzo o la Rectitud del carácter, todas ellas facultades humanas que nos educan, forman y elevan por encima de la mediocridad y el abandono, dándonos la oportunidad de la verdadera Educación. Estos son, creo yo, los fundamentos de una Cultura, unos elementos que, en última instancia, aspiran a contestar esas preguntas que nos ocupan a todos, esas que, por ser permanentes, necesitan de las facultades del Alma, interrogándonos acerca de nuestro origen, del lugar que ocupamos en el mundo o del sentido de nuestras vidas. A riesgo de ser una cultura menor, la gran Cultura no es solo evasión, entretenimiento y disfrute, es, además: formación, capacitación y construcción del Ser Humano.

En mi opinión, el estudio del Budô ha de imbricar en una sola esas dos polaridades mencionadas: divertimento y sacrificio; entretenimiento y rigor; expansión y esfuerzo; determinación y contemplación.



Los viejos amigos

Las verdaderas amistades se construyen con el transcurso de los años, resultando ser un triunfo sobre avatares, dificultades, desiertos, calmas y tempestades. Su compañía nos acoge desde la infancia; con ellas, hemos crecido, viajado, reído y llorado, disfrutado de la vida y sufrido por ella; también, hemos compartido formas de ver y pensar el mundo, gentes, libros y paisajes. Después, quiero creer, los viejos amigos son para siempre. Cuidamos esas relaciones porque forman parte de nuestro patrimonio espiritual, porque aparecen en el mapa de nuestro pasado y conviven con nuestro presente; también porque, a buen seguro, estarán ahí hasta el final. Así es nuestra relación con el Budô, una vieja amistad con la que hemos compartido: libros de historia, mapas geográficos, katas, armas, terminologías, vestimentas, usos y costumbres. En mi opinión, encontrar esa Amistad es un logro Mayor del budoka y la naturaleza de su relación es casi, casi, sagrada.



Como es arriba, es abajo

Este es uno de los primeros axiomas expuestos en la Tabla Esmeralda, corazón de la Tradición Hermética y fuente donde se representa la gran Obra de la Alquimia. Semejante manifiesto, atribuido a Hermes Trimegisto –para algunos el primer pensador que dio forma al Ocultismo, para otros un personaje de leyenda, un mito más de la historia- describe unas ideas similares a la concepción taoísta de la vida y del mundo, al explicarlo en estos términos: fluido, adaptable, complementario, integrador, vibracional y móvil. Muchas de estas consideraciones son, desde luego extrapolables a nuestro tratamiento del Karate Tradicional, a su evolución y desarrollo, a su entendimiento, a su comprensión. Meditaba ayer sobre ello: los extremos tocándose, el efecto de las causas, el movimiento constante de las cosas, los complementarios, el péndulo de los acontecimientos, etc., y en cómo todo ello es perfectamente manifiesto en la práctica de nuestro Arte Marcial. Entonces recordé que es necesario detenerse, para avanzar; emular un camino, para elegir; pensar y meditar, para liberar ataduras; superar la dificultad, para alcanzar el éxtasis; trascender el sufrimiento, para alcanzar

el amor. Sí; lo duro y lo flexible son uno; lo positivo responde a lo negativo; no hay forma sin vacío; lo múltiple se convierte en singular y lo singular se multiplica; todas las verdades son medias verdades; todo lo que asciende, desciende. En uno de sus más destacados ensayos, el filósofo Fernando Savater nos enseña: No existe la Filosofía, sino las Filosofías; Un filósofo lo es, no por emular a Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Ortega o Spinoza, sino por saber que mentes tan claras utilizaron la Filosofía para responder a las preguntas de la Vida; Aprender es equivocarse; Alguien que pretenda conocer la Filosofía debe de ser alguien que esté dispuesto a preguntarse. Pues eso.



El Camino de la dificultad

No comparto ese hecho tan actual (a mi modo de ver deformado, materialista y oportunista) que es el la Semana Santa como reclamo turístico. Como transitamos una época de uso y consumo inmediato, se consumen, también, las espiritualidades menores: esas que conforman el espectáculo de las cámaras de televisión, aquellas que son pasto del oportunismo y que en buena parte configuran el ocio de fin de semana de turistas ávidos de emociones.

Afortunadamente, están también los Hermanos y Hermanas cofrades que trabajan en Silencio en pro de una Fe; esos, verdaderos devotos, capaces de dejar Alma, Vida y Corazón en un trabajo anónimo son, a mi juicio, los verdaderos artífices de la Semana Santa, siendo ellos, también, quienes han mantenido vivo el Compromiso, el Respeto y la Lealtad con ese tiempo anterior a la Pascua, con su Cofradía y con sus Creencias.

Pensaba hoy en ello, mientras escuchaba acerca de la Hermandad de las Capas Pardas de Zamora y de las dificultades que han de superar los aspirantes a Hermanos para ser admitidos como tales. El último de estos Hermanos ha permanecido treinta y cinco años a la espera de su oportunidad, hoy mismo satisfecha.

Para acceder a un Koryû tradicional (una auténtica Escuela de Caballería erigida en el Japón Feudal) el alumno debía presentar una recomendación acreditada, conocida como Shokai, siendo su aportación en muchos casos imperativa para ser reconocido, escuchado y puesto a prueba. Después de ser evaluado, algunas Escuelas mantenían un período de experimentación, conocido como Hodoki; una vez finalizado éste, los rectores del ryû determinaban la admisión o el rechazo del futuro aspirante.

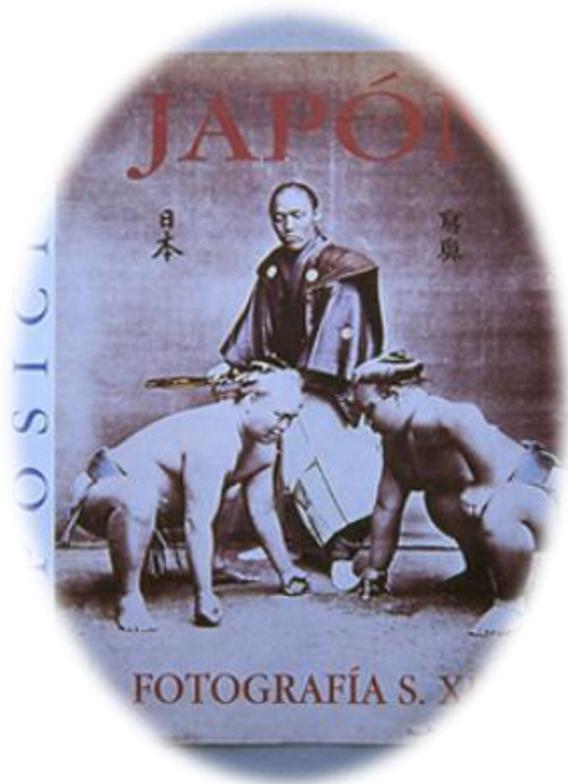
De igual forma ocurría en la Tradición de Okinawa, donde los maestros del viejo Tôde (Tui-di u Okinawa-te; después conocido como Karatejutsu o Karate-dô) se reservaban idéntico derecho sobre la aceptación o no de sus estudiantes. La enseñanza, una auténtica transmisión, sería recibida con idéntico Compromiso, similar Respeto y Lealtad equivalente a aquella otra mostrada por las viejas Cofradías Españolas de Semana Santa.

Existe un modo fácil de seguir los Caminos del Budô, éste se conoce como Tariki. Es este un término que no interpreta el esfuerzo físico -siempre necesario para acometer una empresa- ni tampoco se expresa en términos de voluntad – siempre necesaria para llegar a comprender un Arte Marcial y una entrega que es, siempre, inmensa- nos habla, más bien, del fácil acceso al Aprendizaje y de lo que ello supone en términos de Compromiso, Respeto y Lealtad, sentimientos devaluados en el panorama actual del Budô. El antagonista de Tariki, se denomina Joriki, el Camino de la dificultad, ese que, además de cargar con notables dosis de esfuerzo y voluntad, se encuentra unido, imperativamente, a esos tres atributos ya mencionados.

Soy de los que creen que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que cualquier tiempo pasado fue menos bueno que el actual y, esto, a pesar de las diferenciaciones sociales, de las injusticias que nos rodean, de la falta de oportunidades para muchos o del egoísmo atroz; una vez dicho esto, añadido que la lucha por mejorarlo es sin tregua.

Si puedo establecer un paralelo entre este panorama y nuestro mundo del Budô, que tanto amamos, opino de igual forma; es este un tiempo donde el fácil acceso al Aprendizaje es una Realidad, una época en la que la Oportunidad de estudiar nuestras Tradiciones no conoce fronteras, pero no hemos de olvidar que es, también, un período en el que se han olvidado los Valores, esos que nos exigen trabajar en pro del Compromiso, del Respeto y de la Lealtad, sentimientos estos provenientes de emociones tan humanas como: el Amor, la Belleza, la Alegría, la Confianza o la Compasión.

Creo, sinceramente, que para que el progreso en Budô no se convierta en decadencia, debemos recordar Joriki, el camino de la dificultad, la senda que compromete, respeta y valora el Hecho mismo del Aprender.



Carpe Diem

Algunas de las películas que hemos visto a lo largo de nuestra vida estarán ahí hasta el final, conformando nuestra esencia más profunda, unidas a nuestra naturaleza más íntima, siendo una parte más del cuerpo que nos nutre y nos sostiene. Las Emociones que nos despertaron se transformaron después en Sentimientos, moldeando, también éstos, nuestra relación con el Budô. Como aquella escena de la película El Club de los Poetas Muertos, cuando el gran Robin Williams entra en el vetusto salón cargado de historia, cuajado en recuerdos, plagado de viejas fotografías en blanco y negro y enseña a sus jóvenes discípulos en qué consiste el tránsito de la vida, el destello fugaz del tiempo que nos vive, susurrándoles para ello Carpe Diem, invitándoles a hacer de su existencia algo maravilloso; ese momento ha sido para mí uno de los estelares.

También nuestro gran poeta Jesús Delgado Valhondo en una de sus últimas obras, titulada: "Huir", se pregunta por los fotografiados, despertando la incógnita de su ubicuidad, de su actualidad en un presente que ya nunca les pertenecerá. Es ese un libro capital de Jesús Delgado

Valhondo, en el que, el ya anciano poeta, vislumbra como nunca antes la velocidad de la Vida y su devenir.

Esa misma Emoción se despierta en nosotros cuando volvemos sobre los libros de Historia para contemplar una y otra vez sus contenidos, recorriendo centímetro a centímetro unas instantáneas fuera del tiempo, deteniendo la mirada en caras y gestos, paisajes e interioridades, armas y armaduras, vestimentas y decoraciones, castillos y hogares, atmósferas y ambientes, bullicios y soledades, campos y ciudades; indagando, preguntando, buscando, analizando y, en ocasiones afortunadas, rescatando, respuestas a los protagonistas que allí aparecen.

Como la documentación fotográfica y la bibliografía sobre Karate Tradicional de Okinawa son cada vez más abundantes, el momento actual es oportuno para hacer ese viaje en el tiempo y poder mirar a los ojos a Itosu, Higaonna, Kyan, Miyagi, Funakoshi, Chibana, Uechi, etc., quienes, desde una distancia imposible, parecen también gritar: Ichi-go Ichi-e: “Esta es vuestra Oportunidad; esta es vuestra Ocasión; este es vuestro Momento”.

Sacudiéndome la nostalgia, meditaba ayer sobre esto cuando volvía a tomar de mi biblioteca uno de los libros más ejemplares que podemos encontrar sobre este contexto, una Obra titulada: Japón: Fotografía del siglo XIX, editada por el Museo Oriental de Valladolid y firmada por Blas Sierra de la Calle.

Además de mostrar el panorama completo de la Cultura de este país (sociedad, estilos de vida, actividad económica, costumbres, fiestas, tradiciones, religión, educación, etc.) el autor ha documentado cada una de las instantáneas, trabajado cada fotografía y añadido una explicación suficiente y precisa a cada una de ellas.

En mi opinión, siendo como es uno de los libros imprescindibles para acercarse a la Cultura de Japón y comprender su Historia, es, a la vez, una Oportunidad: la de volver a sentir que este es Nuestro Verdadero e Irrepetible Momento.



El expolio de la Emoción

Recuerdo una entrevista a Kenei Mabuni Sensei en la que era preguntado por la relación que su padre, Kenwa Mabuni, sostuvo con el Karate-dô; respondía (textual): "Nunca podré amar el Karate-dô como lo hacía mi padre".

También nosotros, con humildad, amamos el Karate Tradicional, pero lo amamos tal y como es: completo e integral, digno y honorable, histórico y espiritual, práctico y terapéutico, familiar y tradicional.

La Psicología nos enseña que primeramente son las Emociones, surgiendo, después, los Sentimientos. Aunque ambos forman parte del mundo sensible, son diferentes. Las Emociones son respuestas psicológicas y fisiológicas capaces de alterar todos los sistemas corporales, se despiertan espontáneamente, surgiendo de lo más profundo, atendiendo a razones infinitas, muchas de ellas imposibles de diagnosticar. Una vez surgida esa materia prima, ésta toma forma en la conciencia, elaborándose un Sentimiento, un estado de ánimo, de Alma.

Hace unos días discutíamos entre amigos sobre ese Sentimiento hacia nuestro Arte Marcial, defendiendo lo que en el panorama actual es casi una utopía, una quimera, un imposible, esto es, que amamos el Karate Tradicional como un Sogô Budô, es decir, un Budô integral, holístico, no segmentado, no fragmentado, no dividido.

Describíamos los elementos que han compuesto la naturaleza de nuestro Arte, criticando la deriva de lo acontecido en nuestros días, el desmembramiento, la pérdida de contenidos, el olvido de sus valores, el abandono de sus materias; nombrábamos de esta forma todas las variables que lo comportan y que nos resultan familiares: Kata, Bukiwa, Muchimi, Tegumi, Kakie, Ibuki, Tuite, Kyushôjutsu, Hojo Undo, etc. Anotábamos, más tarde, las terapias que lo acompañan: Fitoterapia, Moxibustión, Masaje. Terminábamos, finalmente, con las Letras: Historia, Filosofía, Tradiciones.

Y, a la vez que conversábamos, nos sentíamos espectadores del expolio que ha sufrido nuestro Arte Marcial, viendo que todo ese conglomerado de Ciencias, todo ese bagaje cultural, todo ese curriculum técnico, estético, ético y moral, ha sido expoliado, cuarteado, manufacturado y vendido por partes, eliminando lo que un día fue una unidad cultural.

Con ese pesar volvía hoy sobre las palabras de Kenei Mabuni Sensei, manifestando el Sentimiento de Amor de su padre hacia el Karate Tradicional, un Sentimiento al que muchos nos sumamos, asumimos y defendemos como nuestro propio; un Sentimiento que tiene su origen en una primera Emoción, una Emoción que surgió en nosotros cuando por vez primera observamos esa Tradición, viva, latente, cuajada de historia, valores y contenido; un momento aquel en el que, todo, sin saber cómo, cambió en nuestras vidas para siempre.



El triunfo de los sencillos

Me gustan los Museos Etnográficos; uno mismo, con su sola presencia, puede rendir homenaje a todos aquellos elementos que han supuesto el día a día de hombres y mujeres capaces de construir su existencia en compañía de semejantes útiles.

Uno de estos Museos está situado en Olivenza, a veinticuatro kilómetros de Badajoz y lo visito de tiempo en tiempo. Es siempre un placer volver a descansar la mirada en azadas, molindas y arados, pupitres, borradores y pizarras, brochas y navajas de afeitar, patrones, agujas e hilanderas, juegos de mesa y de calle, prensas de aceite, escopetas de caza, cocinas de leña, tinajas, etc.

Cuando paseo entre las vitrinas, observo en silencio, advirtiendo cómo los demás visitantes se detienen, comentan y respetan aquellos viejos testigos de vidas ya transcurridas, de formas de entender el tiempo, los quehaceres, la labor y, al hacerlo, no hago más que constatar el triunfo de la Cultura Popular frente al olvido.

El Kobujutsu de Japón sostiene un estandarte de caballería, nobleza y señorío que no es otro que la espada, acompañada por el arco, la alabarda y la lanza. La historia nos ha transmitido una imagen del caballero medieval japonés asociado a una élite social. Esta imagen es una representación más de la gran Cultura, de la Cultura de clase, de la Cultura refinada; una Cultura perfectamente valorada, dentro y fuera del país.

Por el contrario, el Kobujutsu de Okinawa mantiene un perfil bajo, humilde, sencillo, llano y discreto, pues está asociado a las gentes del pueblo: labriegos, pescadores, campesinos. Además, su material de trabajo lo configuran herramientas de manufactura artesanal, construidas con elementos naturales, de escaso valor comercial, poco estéticas, y cercanas a las tareas domésticas.

De igual forma, cuando observo los rostros de los viejos kobudokas de Okinawa, los encuentro cuarteados, crujidos por las dificultades de la vida, mostrando cicatrices por tiempos de carencias. Sus vidas las supongo, ocasionalmente, tristes, desprotegidas ante la historia, solas, desamparadas. Con esa sensación de fondo, los miro, acompañados, siempre, de sus humildes herramientas, dispuestas para el uso cotidiano: unos utensilios con los que subsistieron, se ganaron el sustento, roturaron campos, cazaron o pescaron; útiles sencillos, tales como: tonfas, nunchakus, saís, ekkus, bo, kamas, tambos, nuntas, timbes, etc.

Después, cuando los sitúo en el espacio-tiempo de la historia, ubicándolos, cien, doscientos o trescientos años atrás, siento que, también a ellos, el devenir les ha hecho Justicia, que la cultura de la que forman parte ha terminado traspasando todas las fronteras, siendo, finalmente, reconocida. Siento, además, que su humilde día a día se ha convertido en el día a día de millones de personas de todo el mundo, gentes, todas ellas, que dan valor a aquella que fue su cotidianeidad, practicando en la actualidad el Arte del Kobujutsu.

Hoy, recorriendo con la mirada las viejas fotografías de granjeros, campesinos y labriegos de Okinawa, les veía, finalmente: orgullosos, valorados, comprendidos, triunfadores y rescatados del olvido.



Shu Ha Ri

SHU

Es el acercamiento al estudio del Arte, dejarse formar, aprender a ser enseñado, aventurarse en el conocimiento de la dinámica, la filosofía, la historia del Arte que uno, voluntariamente, ha elegido.

A mi modo de ver, es un estadio fundamental, una etapa que hay que hollar sin prisas, un tiempo que nos exige: Apertura de espíritu, Curiosidad, Determinación y Compromiso Personal, es decir, un conjunto de Valores sin los cuales es imposible el Verdadero Progreso y la Perspectiva de Alcance en Budô y en Bujutsu.

Perder el sentido -y la razón de ser- de la propia historia personal, la epopeya de formación que uno ha seguido, significa no haber trascendido este estadio, pues el reconocimiento que tal formación conlleva -la valoración del esfuerzo compartido entre profesor y estudiante- es consustancial a este período.

Trascender unas ideas -en otro momento compartidas- para encontrar un Camino propio, no nos exime del hecho de aceptar nuestro pasado.

Este sentimiento al que aludo ha de ser siempre parte del Equipaje Interior de un budô-ka correctamente formado.

HA

Este segundo estadio es un auténtico Atrevimiento, un Querer Tener Opinión, un paso adelante, una Determinación Personal hacia el hecho de Ser Uno Mismo.

En mi opinión, no todos los practicantes de Budô deben pretender dar este paso. Dejarse conducir por otro es una opción; quizá, es la más sencilla de las propuestas, pues no implica la Auto-indagación, pero es, en todo caso, una opción respetable.

Buscar un Camino propio es una frontera alejada, tortuosa y con aristas, pues atreverse a pensar por uno mismo es una Vía que nos exige razonar, y esto nos conduce al Encuentro con la Soledad, la Inseguridad, el Vacío. Todo ello, no obstante, dará como resultado un Crecimiento en Libertad.

Ha es un concepto que nos imbrica totalmente con la práctica, porque pretende de ella un reciclaje interior, un acoplamiento con lo Esencial en nosotros, un Auto- Entendimiento.

RI

RI es el resultado final de este esfuerzo, la consecución del análisis, el fruto de una Acción de Búsqueda Sincera, el Entendimiento Razonado del Arte, la Práctica en Libertad, la Enseñanza de lo que uno considera cierto y verdadero.

RI es la Felicidad en el hábito, el Descubrimiento constante, la Ausencia de esquemas no propios, un Renacimiento que acompaña el movimiento, el pensamiento y su transmisión.

RI se alía con RYU: "aquello que fluye".

Nada permanece, todo cambia. Es en ese cambio donde se encuentra la Vida del artista y, también, su Arte palpitando.

Esta alianza final es un salto cualitativo en la dimensión del Ser Humano.



Lo pequeño es hermoso

Siempre me ha fascinado la escritura cuneiforme, originada en Mesopotamia hace cuatro mil años. Su desciframiento fue un hito para la Lingüística, contribuyendo a ello muchos investigadores que comenzaron a trabajar en esa dirección a comienzos del siglo XIX. Descifrar aquellas primeras tablillas de arcilla fue el comienzo de un proceso que derribó algunas de las fronteras que existían entre nuestro mundo y aquel otro que se describía en lenguas ya desaparecidas: acadio, asirio, luvita, hitita, etc. Hacer entendible aquel maremágnum de signos fue un paso adelante sin precedentes que nos acercó a una realidad milenaria: la de las primeras civilizaciones.

Uno de esos lingüistas fue el dominico e investigador Jean Bottero, quien dedicó su vida a escudriñar los secretos de las viejas lenguas del país de los ríos Éufrates y Tigris, ese lugar mítico, cuna de nuestra Civilización y baluarte de nuestra historia común.

En uno de sus libros, Bottero describe su felicidad y gozo interior al descubrir en un recóndito signo algo hasta entonces desconocido por él mismo. Ese pequeño triunfo personal, acaecido sólo de tiempo en tiempo, había dado sentido a su extraordinaria epopeya vital en torno a las Lenguas Muertas.

Sí, lo pequeño es importante y, también, como nos enseñó Saint Exupery, puede ser hermoso.

Mi maestro de Okinawa Kobujutsu es Juan Antonio Quirós Sensei, a quien conozco desde hace veinticinco años y con quien, desde entonces, mantengo una estrecha amistad. Juan Antonio Sensei es un auténtico Sôgô Bujutsuka, esto es, un budoka integral y, también, un ejemplo de Bandomusha: un hombre que persigue el desarrollo de su persona a través del Budô que estudia y practica, un Arte que aprendió de algunos okinawenses insignes, como Kanei Sensei.

Desde mis comienzos, siempre he asociado el Kobujutsu con el Karatejutsu, o Karate-dô y siempre, también, he tenido cerca mis armas: bo, nunchaku, tonfa, etc. No obstante, durante muchos años ha habido una pieza del rompecabezas del Kobujutsu que ha ocupado un espacio preferente en mi recámara mental: el eku, o remo.

Durante años estuve ahí, aguardando con paciencia, hasta que mi Sensei considerara oportuno enseñarme a trabajar con esa arma tan genuinamente okinawense. Finalmente, en uno de mis viajes relámpago a Madrid, tuve la oportunidad de comenzar a trabajar con el remo, estudiar su kihon y desarrollar su kata.

En los kata de Kobujutsu existen algunas situaciones que son ejemplares, momentos que nos demuestran su procedencia y nos acercan a la vivencia de su creador, dibujándonos el contexto en el que se desarrollaba semejante secuencia técnica; como ese instante en el que el kobudoka saca uno de sus sai -escondido hasta entonces en su cinto- y lo lanza a la arena, dejándolo ahí, varado, quieto, a la espera de proseguir con él una vez lo necesite; o aquel otro en el que, caminando con un palanquín a hombros y dos cubos de agua a ambos lados, el kobudoka hace un alto en su marcha, deposita su carga en el suelo y se dispone a utilizar el bastón largo, que hasta entonces

sustentaba su peso. Para mí, estos pequeños momentos del kata son muy singulares.

La mañana había sido intensa, transcurría el Gasshuku y habíamos trabajado ya con el versátil bo, recorriendo todas sus posibilidades, nombrado sus kata, buscado las direcciones correctas de los movimientos, comentado sus bunkai e inspeccionado la razón de su naturaleza. Después, diligentes, habíamos tomado los tonfa, se nos habían caído los brazos al ir sumando movimientos, soportando ataques pesados, recordando la posición de los extremos, haciendo trabajar doblemente al cerebro cuando éste había de controlar dos movimientos distintos, pero simultáneos, ejecutados con ambos brazos. Más adelante, fue el momento del sai, ese arpón sutil, preciso, fino y puntiagudo; posteriormente, habíamos hecho uso del dinámico, fluido y determinante nunchaku; también, del sencillo, humilde y discreto, pero tremendamente efectivo, tambo, etc.

Rozando el final de la jornada, vino el eku. En ocasiones, las esencias se muestran en frascos muy pequeños y ésta, la Esencia, estaba allí, agazapada, escondida una vez más en un kata de remo.

Fue allí, bajando el centro de gravedad hasta tocar el suelo de la playa, teniendo el sol a la espalda y el mar a mi lado, cuando mi maestro me invitó a soltar el remo y hendir la mano izquierda en la arena fina, utilizar sunakake y provocar kasumi -niebla, oscuridad, distracción- para proseguir con mi kata y dar sentido a ese estadio de su ejecución.

Fue un comentario menor, pequeño, ligero e impreciso, era un gesto sencillo, inapreciable, desapercibido, pasajero y fugaz, pero, para mí, todo el trabajo anterior, el sacrificio, el dolor, la constante repetición y el cansancio, habían merecido la pena. Una vez más, lo pequeño me sorprendía y había resultado ser importante. Una vez más, lo pequeño se había convertido en algo hermoso.

Recuerdo una anécdota de Michel Coquet en relación a su práctica de Kyudo. En una ocasión, mientras practicaba tiro al arco en Japón, quedó bloqueado en un momento del kata; era noche cerrada y no existía posibilidad alguna de corregir, aclarar y resolver semejante escollo. En el silencio de la noche se escuchó un ruido de motocicleta aproximándose más

y más hacia el dojo: era Masahiko Tokuda Sensei, su maestro en ese Arte mientras residió en Shizuoka. Llegó, ajustó sus hombros y se marchó. Tras el pequeño ajuste, todo, de nuevo, ocupó su justo lugar. Lo pequeño se manifestaba, haciéndose grande, tan grande que todo lo iluminó.



Budô humanista e ilustrado

El Humanismo tiene su punto álgido en el Renacimiento, un momento que pretende escapar del oscurantismo medieval, colocando el hecho humano por encima de ideas y preceptos irreflexivos. El hombre se convierte en centro neurálgico del Arte, punto de encuentro para filósofos y -como apuntó Tomás Moro en su Utopía- razón de ser de la política.

Los maestros italianos del Quattrocento fueron una muestra inequívoca de la dirección que tomaron las Ideas en el siglo XV. El caballero renacentista era a la vez, hombre de acción y de letras, hábil con las armas pero cultivado en el arte de la poesía o la música. De igual forma la dama del Renacimiento era una mujer integral, cultivada, artista y, ocasionalmente, adepta a las armas.

Se estaban sentando las bases para mirar al futuro de una manera total, pero aún faltaban pilares fundamentales: el desarrollo científico, las conquistas sociales y la revolución industrial. Por tanto, esta nueva postura ante la vida no supuso un triunfo definitivo.

En el siglo XVII el pensamiento aún estaba enraizado en el dogmatismo religioso, siendo éste predominante en la moral cotidiana, aplicándose sus pautas a la forma de ver el mundo, enjuiciarlo, dirigirlo y vivirlo. Algunas cabezas pensantes, como Newton o Galileo, levantaron su voz con vehemencia, dirigiendo impulsos, esfuerzos y energías hacia la Razón: una pequeña diosa entonces que habría de convertirse en dueña y señora del porvenir.

Más tarde, los Ilustrados franceses abonaron ese campo virgen que habían destapado sus predecesores y, desde ese momento, hasta la Revolución Francesa, el pensamiento de la Ilustración basó su confianza en una premisa: la sola Razón podría dar respuestas a las preguntas inquietantes que el hombre se había formulado desde sus comienzos. ¿Podrían ser suficientes, el pensamiento racional, la ciencia, el progreso económico o las conquistas sociales, para alejarnos de la infelicidad, la inmoralidad, la apatía o la tristeza?

Llegados a nuestra actualidad contemporánea podemos comprobar que la elección de la Razón, como medida de todas las cosas, no ha resultado ser aquella piedra salvadora que prometían: Voltaire, Montesquieu o Diderot.

Hemos conformado un mundo -el actual- basado en esos parámetros, olvidando que el Ser Humano tiene, además, una proyección innata hacia la Sensibilidad, la Espiritualidad, la Educación Integral o la Ética que defendía el Humanismo Renacentista y vemos a diario que sin estos arquetipos es imposible el triunfo personal.

Volviendo ayer sobre estas ideas pensaba que semejante situación se vislumbra hoy en el panorama del Budô, un Arte donde cada vez con mayor frecuencia el pulso se mide en parámetros "ilustrados", científicos, racionales, mercantiles, compensatorios o vanguardistas, mostrando todo ello una apariencia de progreso, pero escondiendo en la trastienda una manifiesta deficiencia humanística.

Es del todo cierto que los progresos técnicos, físicos y científicos que ha experimentado el Budô son sustanciales, habiendo todo ello permitido, entre

otras cosas, su expansión intercontinental, pero también es atinado decir que en nuestro Arte todos esos aspectos han desplazado a los valores humanísticos que en él habitan y, con ello, a sus constantes: Sensibilidad, Ética, Integralidad, Expresividad o Sentido de lo Humano.

La Antropología nos enseña que el Arte es un producto de la Cultura y ésta lo es de la Religión. El hecho religioso (del latín re-ligare) es la acción de reunir, comunicar, fusionar y conjugar los complementarios, que son: Cuerpo-Mente-Espíritu. La religión de la que hablo no está sujeta a estamentos, credos, iglesias o dogmas, siendo tan humana como lo es nuestra Naturaleza. Estamos hablando, pues, de una dimensión, la espiritual, que es consustancial a nosotros mismos: volvemos al Humanismo. Desde esa óptica, entiendo que el Budô, siendo parte de una Cultura -una manera de ver y de estar en el mundo- contiene una herencia espiritual a la que no debemos renunciar.

A riesgo de ir contra los tiempos creo que es en ese equilibrio de fuerzas, que componen Ilustración y Humanismo, donde nuestro Arte tiene sentido, tiene presente y tiene, también, un futuro sostenible.



Elaborando Aikidô

Buscad lo Esencial en el Arte, nunca lo efímero.

No existe una meta; todo, en Aikidô, es un continuo devenir.

Mushin: "Sin meta, sin mente".

Es una Oportunidad: Buscad la Excelencia...;

Diligencia es lo contrario a Negligencia.

Diligencia nos incluye integralmente, aceptando, también, a los otros.

En el Arte del Aikidô existe un Fondo con forma.

Para entrar en el Fondo, hay que partir de la forma.

Definitivamente, partiendo de la forma, es el Fondo aquello que es Esencial.

Ese Fondo Esencial es, absolutamente, Espiritual; esto es, Profundamente Humano.

En Aikidô, nos manifestamos en relación a nuestra Vida Vivida.

Existen tantos Aikidô como practicantes expresándose a través de él.

Tiene sentido aquello que es profundamente Educativo.

El Arte del Aikidô es parte de una Cultura, esto es, de una forma de entender, ver y vivir la Vida.

El Continente de Aikidô es simbiótico, incluyendo Humanismo e Ilustración: Etiqueta, Belleza, Sensibilidad junto a Técnica y Ciencia.

Considero que es necesario abrirse a otras formas de entender Aikidô, analizarlas, debatirlas, sumarlas o restarlas. Después, continuar el Camino trazado.

Todo: la aceptación del ataque, su captación, la gestión de la forma y su resolución final, se gestionan a través del Hara.

Ma-ai es una distancia que aproxima, no que separa.

Ma-ai ha de permitir el Aikidô sin exponer la integridad.

Hemos de comprender la gestión correcta de Ma-ai para elaborar Aikidô.

El trazado de Aikidô, como el flujo de Kokyû, es un continuum; se desplaza de principio a fin y, desde ahí, de nuevo a principio.

Metsuke engloba el espacio anterior, posterior, superior e inferior; dentro del adversario, observa su profundidad e intencionalidad.

Un arma es, sólo, una prolongación de la extremidad que la acciona y ésta lo es de una intención. Más allá de la intención se encuentra el corazón. La violencia lo es en función de la intención.

Shin, Gi, Tai: Espíritu, Cuerpo y Técnica, son Unidad.



Belleza y Budô

Es el Budô una forma de Arte y el Arte un Camino hacia la manifestación de la Belleza. El sabio Plotino nos enseña en una frase notable: "La Belleza no es sino un resplandor eterno en forma material". Esta cristalización palpita dentro de nuestro propio Ser, uniéndonos a lo inmaterial. Nuestro trabajo es pues la aproximación a ese Noble Ideal de la Belleza. Pero, ¿cuál es su utilidad? ¿Consideramos más importante lo útil o lo estético? ¿Termina antes la posesión, el consumo, o la contemplación de la Belleza?

El Arte del Budô transita un momento difícil, un tiempo en el que, al igual que en otras manifestaciones sociales, los logros solicitados son, casi en su totalidad, materiales. Las Escuelas se convierten en sociedades de consumo. Se consumen prácticas, organizaciones o sistemas. El Budô, una auténtica alquimia espiritual, se transforma así en una vía para el alcance del logro inmediato, para el tratamiento feroz del cuerpo, por encima de la Etica, la Estética y la Salud.

Ô Sensei Morihei Ueshiba se entregó a la práctica del Budô hasta sus últimas consecuencias. Después del tránsito de su epopeya vital a través de

Mongolia –donde marchó para fundar una comunidad basada en los principios del Budô y de la comunión con la Naturaleza- o de su estancia en Hokkaido –lugar al que viajó con idéntica filosofía de fondo- manifestaba en sus escritos que el Aikido era, antes que nada, una forma de Amor y que de no ser así su práctica carecía de sentido.

En sintonía con su Maestro, Tetsutaka Sugawara Sensei –uchi deshi de Ueshiba en el dôjô de Iwama, en la Prefectura de Ibaraki, Japón- nos transmite que la última intencionalidad de su enseñanza es el Entendimiento entre los estudiantes. Son Conciencias fundamentadas en el encuentro con el Ideal, con el Arte, con la Comunión, con la Belleza.

Eugen Herrigel, auténtico pionero de la arquería tradicional de Japón en Europa, nos alecciona acerca del Kyudô en su obra: “Zen en el arte del tiro con arco”. En su libro, nos refleja cómo, Anzawa Sensei, conduciendo o no su disparo a la diana, dejaba su Ser abierto a esa Experiencia que se producía tras el desprendimiento de la flecha. A esa Comunión -personal, única e intransferible con la Belleza- dedicó el Maestro ochenta años de Vida. Cuando no importan los grados, cuando sobran los estamentos, cuando desaparecen las graduaciones, aparece la Belleza en un gesto simple, carente de intención, puro y libre, como el gesto sencillo de dejar marchar una flecha.

Para todo artista, la contemplación de la Belleza en su Arte, es la razón de ser de su propio trabajo. Nicolás Roerich –el pintor y arqueólogo ruso- escribe acerca del Arte:

“El arte unificará a toda la Humanidad. El arte es primero, indivisible. El arte tiene muchas ramas, no obstante, son todas una. El arte es la manifestación de la síntesis venidera. El arte es para todos. El signo del arte abrirá todas las puertas sagradas...”.

Para los humanistas del siglo XVI la contemplación de la Belleza era un medio superior de conocimiento. Lo que es bello, armonioso y equilibrado está más cerca de lo Eterno. Para estos talentos de la Humanidad, el arte era un acto creador, a través del cual el artista participaba de la acción divina. Una obra de arte como el Budô es una ventana hacia ese Mundo Ideal.

El budoka, que busca la Belleza en su práctica cotidiana, tiene la certeza de que esa Experiencia es imperecedera, forma parte de su equipaje interior, es consustancial a su propia persona. La Experiencia de la Belleza tiene su prolongación en el tiempo, pues ese instante de Luz no puede nunca morir.

El Poeta Eloy Sánchez Rosillo describe su Experiencia en estos términos:

“Te equivocas, sin duda. Alguna vez alcanzan tus manos el milagro; en medio de los días indistintos, tu indigencia, de pronto, toca un fulgor que vale más que el oro más puro: con plenitud respira tu pecho el raro don de la felicidad.

Tu error está en creer que la luz se termina. Tras su apariencia efímera, el relámpago sigue viviendo en quien lo vio. Porque su luz transforma y ya no eres el hombre aquel que fuiste antes de que en tus ojos, de que en el fondo oscuro de tu ser, fulgurase.

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya. No conoce la muerte la luz del corazón. Contigo vivirá mientras tú seas”.

Transformamos el entorno con la sola palabra, también con la acción y el pensamiento. Actuar es influir. Crear la Belleza es trasplantarla. Así, Roerich, el sabio de los Himalayas, pretendía exponer, permanentemente, sus cuadros en las prisiones, de esta forma –escribe en sus diarios– desaparecerán las prisiones, pues el genio del Arte hará a los hombres Seres Humanos libres.

Aoki Sensei, el singular Maestro de Shintaidô -una forma de Arte Marcial proveniente del evolucionado Karate-dô Shotokai del Maestro Egami- persigue con su Escuela la completa Armonía del karateka con su entorno inmediato -los compañeros de viaje- y con el circundante: la propia Naturaleza. Sus prácticas –en las cercanías de Montañas y Mares- evolucionan hasta un punto en el que el estudiante logra expresar su mundo interior a través del movimiento de su cuerpo. Hiroyuki Aoki, un auténtico hombre renacentista, poeta, místico, budoka y pintor, ha encontrado a través del Shintaidô su personal concepto de la Belleza. Las prácticas de inmersión bajo cascadas -Taky Shugyô-, las marchas a través de las Montañas, o los entrenamientos a orillas del mar, establecen la comunicación del hombre con los elementos. Dentro del agua, en lo

profundo de los bosques, sobre las brasas (rito de Goma), el practicante se envuelve dentro de todo ese espectro que le configura a él mismo, fundiendo su Arte con el Arte de la Naturaleza.

Quizás, el camino de la Belleza dentro del Budô sea un recorrido sin recompensas exteriores, pero la plenitud de nuestra práctica, elevada a las alturas del Arte, nos acercará, siquiera un instante, a la Experiencia de lo primordial.

Quizás, también, si damos crédito a los Humanistas, entendamos algún día aquel axioma que ellos defendían para su Arte: "La Eternidad sigue el camino de la Belleza".



La palabra frente a la imagen

Durante veinte años he escuchado a Sugawara Sensei hablar de la transmisión espiritual en Budô, ese legado interior que el maestro ha de entregar al alumno, un equipaje que no está conformado en el currículum técnico compartido por ambos, sino establecido en el espíritu que envuelve y anima su Arte. El uso de la Palabra y una Comunicación directa entre ambos son condiciones inexcusables para lograr esa transmisión a la que aludo.

En el extraordinario documental de National Geographic titulado “Tesoros vivientes de Japón”, los autores realizan un recorrido a través de las tradiciones ancestrales del viejo país de Cypango, mostrando diferentes expresiones de la Cultura Popular, apareciendo reflejadas distintas muestras de su saber ancestral: forjadores, ceramistas, actores, titiriteros, etc.

En el desarrollo de la película queda patente la importancia de una de las piezas del engranaje de su Tradición: el aprendiz, un personaje que parece estar en un segundo plano pero que, en realidad, es una de las piedras angulares sobre las que se sustenta esa Cultura. El alumno supone nada

menos que la pervivencia y continuidad del Arte, por tanto, su preservación es casi, casi, sagrada.

En las sociedades gremiales medievales europeas, los oficios estaban clasificados en tres estratos: aprendices, oficiales y maestros. Es interesante observar la gestión de estas relaciones, los contratos que se sucedían, la selección de los aspirantes, las exclusiones advertidas, la sujeción a ciertos preceptos, las vías de aprendizaje sujetas, siempre, al beneplácito del maestro, la devoción a un santo patrón, la protección familiar e, incluso, el consejo espiritual. Estas clasificaciones de los gremios tradicionales están muy próximas a aquellas otras que han pervivido en las viejas Tradiciones Marciales de Japón, en las cuales -al igual que hacían sus equivalentes en Europa- los uchi deshi aprendían bajo una premisa: convivir junto a su maestro. Solamente así podría aquel transmitirles el verdadero espíritu del Arte, haciendo esto por proximidad, cercanía, empatía, ósmosis.

En el transcurso de un viaje a Iwate junto a Sugawara Sensei, con el propósito de asistir a una Exposición programada por la Asociación Mogussa-tô, me encontré por primera vez con Amada Sensei, un forjador considerado Tesoro Nacional en Japón muy amigo de mi Maestro. Ya había tenido referencias de su persona a través de Sugawara Sensei, quien en otro momento le había recomendado a un conocido budoka, deseoso de adentrarse en el conocimiento de la forja tradicional, algo realmente difícil de estudiar y, más aún, siendo el novicio un occidental. El resultado había sido interesante pero la convivencia no pudo mantenerse más allá de unos meses; ser un uchi deshi (alumno interno) implica una dedicación al trabajo difícil de acometer, conllevando, además, una gestión de los tiempos que, en muchas ocasiones, no se sucede a la velocidad que uno pudiera desear.

Esto último sí lo entendió a la perfección el último uchi deshi que tuvo mi maestro en su dôjô de Machida: un joven budoka dispuesto a todo para llegar al Aprendizaje. Ya lo había visto en la Universidad de Azabu, con ocasión del Gasshuku de verano que se celebra todos los años en el mes de Julio. Shinichi Saito sobresalía por su espíritu de trabajo, entrega sincera y compromiso con la práctica y el estudio del Budô y del Bujutsu. En aquel tiempo era el senpai del Grupo de Aikidô y, como tal, se comportaba entre sus noveles kohai. El servicio que daban a los invitados era de una diligencia cercana a la castrense. Los veías levantarse y correr, cuando observaban que tu taza de té había finalizado o, raudos, servirte una y otra vez un bol de arroz. Más tarde, cuando Sugawara Sensei les explicaba acerca de Budô, el silencio era total. Y, también, su agradecimiento.

Un tiempo después le encontré en Machida, practicando cada mañana antes de que su maestro entrara en el dôjô, ocupándose de la limpieza, ayudando en clase con los alumnos más jóvenes, alentando a los principiantes y atendiendo con diligencia, vivacidad e inteligencia cualquier solicitud que reclamara el Sensei. Ni que decir tiene que las indicaciones que le dictaban en relación al Budô eran sagradas para él. Las asimilaba, dilatándolas, expandiéndolas, investigándolas, haciéndolas suyas y poniéndolas, finalmente, en práctica. En la actualidad, Sinichi Saito es un Sensei muy bien formado en el contexto de las Artes Marciales Tradicionales, con un futuro prometedor y dedicado por entero a la enseñanza. La experiencia directa con su Sensei es la fuente de la que emanan hoy sus conocimientos.

Nos hemos alejado mucho de aquella manera original de transmitir la Tradición y en nuestro contexto actual el retroceso de la Palabra frente a la imagen es una realidad cada vez más frecuente, como también lo es el paso atrás que ha experimentado la Comunicación Directa frente al aprendizaje menor, de formato cerrado y superficial: ese que a veces se propone en los nuevos modelos de Escuelas de Artes Marciales o a través de los seminarios de fin de semana.

Alejarnos de la Palabra y dar prioridad a la imagen significa distanciarnos de la Dialéctica, esto es: dejar de tener la Oportunidad de razonar nuestros estudios, pretendiendo suplantar esto por otras alternativas como, por ejemplo, el uso de las nuevas tecnologías, donde la resultante es una información instantánea, inmediata, definitiva y donde, además, el conocimiento se atrapa sin establecer contacto, sin pasar por el filtro de los tiempos, de las pausas, del agradecimiento.

Las relaciones asépticas establecidas en esos modelos actuales de Escuela, anteriormente referidos -lugares en los que el alumno es un número de socio, alguien sin identidad, sin historia personal conocida- están muy alejadas de la Comunicación Directa que han de establecer dos personas comprometidas con el hecho del Aprender: una relación que nos invita a la Observación, algo que, imperiosamente, exige Cercanía con nuestro enseñante.

En mi opinión, solamente a través de ese legado espiritual, que transmite un maestro, haciendo uso de los canales mencionados -Palabra, Dialéctica, Comunicación Directa y Observación- puede el Arte del Budô continuar siendo una realidad en las generaciones venideras.



Paisaje y Budô

Las palabras que expresan la relación del hombre con el paisaje no son nuevas, todas las Culturas han asumido esa simbiosis que establece el origen del carácter a partir del paisaje que lo envuelve y anima.

Los griegos ya opinaban que el hombre era hijo del paisaje. Sí, aquellos sabios de las polis, que vivieron como pocos el sueño de la vida, defendían que: agua, luz, árboles, frutos, ríos y montañas eran el panorama sobre el que se construía nuestra esencia más íntima.

Hoy, persiguiendo esas ideas, he vuelto a los libros de Luis Racionero, deteniéndome en uno de sus clásicos: "Textos de Estética Taoísta", en mi opinión, un trabajo literario muy logrado. Los ensayos sobre Paisaje, Pintura o Música, basados en palabras escritas quinientos o mil años atrás, analizan el espíritu, la voluntad, la intención o la técnica de distintos pintores chinos, haciéndonos comprender la importancia de la disposición inicial, la razón de ser del color, la atmósfera por ellos reflejada o la composición final surgida, intentando, siempre, que el espectador experimente emociones semejantes a las suyas, consiguiéndose esto con la sola contemplación del paisaje reproducido en el lienzo.

Difícil tarea la de estos maestros taoístas del pincel; no obstante todos eran hombres de interior, crecidos en las montañas, por tanto: introspectivos, reflexivos, recogidos.

El gran Lawrence Durrell, un espíritu libre a quien alguien llamó “El Sabio bribón”, aquel que, habiendo nacido en la India colonial, no tuvo otra alternativa que educarse en la Inglaterra victoriana, un lugar del que, raudo, marchó por propia voluntad hacia algún lugar con mejores condiciones de luz y color, encontrando todo ello en el Mediterráneo - Alejandría, Corfú, el Sur francés- nos detalla en su “Spirit of Place”:

“El determinante principal de una cultura es el espíritu del lugar. Tendemos a ver la cultura como una especie de pauta histórica dictada por la voluntad humana: para mí esto es cada vez menos cierto. Sí, los seres humanos son expresiones del paisaje, deseos paisajísticos de la tierra, compartiendo sus particularidades con el vino, la comida, la luz del sol y el mar”

Meditaba sobre ello, tratando de comprender cómo el paisaje ha sido partícipe del proceso de gestación de las Artes Marciales en uno u otro confín de nuestro mundo, recordando entonces: los interminables canales de Cochín, las playas de Kovalan, los inmensos palmerales de Trichur, la luz cegadora del Sur, el vértigo de Trivandrum frente al Océano y la apertura del litoral de Kerala, unos atributos, todos ellos, que contribuyeron a forjar entre sus habitantes: espíritus fuertes, abiertos al mundo, emprendedores, aventureros, prácticos y resolutivos, capaces de dar forma a un Arte como el Kalarippayattu.

A diferencia del litoral, los bosques y montañas del interior de la China Continental han acogido en su profundidad a quienes buscaban sosiego, tranquilidad, meditación y movimiento consciente, fomentando en ellos: contemplación, interiorización, auto-descubrimiento, calma y paz. Sí, esos paisajes recogidos, como Wudang, fueron origen de un conjunto de Artes Marciales “internas”, tales como: Tai Chi, Pakua o I Shing. Por contraposición, la China Meridional, marítima y litoral, fue desde sus albores un lugar abierto al comercio. En el siglo IX Fuzhou (Fukien) ya sostenía puntos de conexión con Filipinas, Malasia, Japón, Corea y Tailandia. Más tarde, en el siglo XIII sus habitantes arribaban a las costas arábigas a través del Océano Índico. Aquellos fukienses eran gentes de la costa y, por tanto, decididos e inconformistas. Sus Artes Marciales son resultaron ser atrevidas, fuertes, dinámicas, “externas” o “duras”. ¿Estuvo el medioambiente detrás de ese espíritu de lucha originado en la franja costera del sur de China?

Algo similar se percibe en Okinawa, donde la insularidad es, a la vez: recogimiento, orgullo, sencillez, practicidad y apertura al mundo. El sentimiento de orgullo -como pueblo independiente- es notorio cuando se viaja por el interior de las Islas del Archipiélago; como orgulloso es el Karate tradicional, allí gestado: un desencadenante más de ese paisaje litoral y de la interculturalidad que establecen en él hombres y mujeres decididos. Lejos de ser japonés, el Karate tradicional de Okinawa mantiene un ritmo pausado, un continente flexible y un contexto sencillo y directo. Observándolo así, es una copia del modo de vida isleño y, por tanto, de su paisaje. ¿Es esto, también, fruto de aquella insularidad, de la luz diáfana, del azul de los mares, de la simplicidad, como forma y fondo de su Cultura...?

En su interior Japón es ondulante, recogido y serpenteante. Semejante paisaje ha gestado un pueblo delicado, metódico, sutil, organizado, austero en estética y cercano a la belleza, todos estos componentes podemos observarlos como parte del viejo Bujutsu desarrollado en Kanto, la llanura central del país. En los antiguos tratados se leía: "Heihô proviene del Este", siendo allí, en las llanuras de las actuales Prefecturas de Chiba e Ibaraki, donde vieron la luz algunas de las primeras Escuelas de Bujutsu en el siglo XIV, como Katori y Kashima. Contrariamente, el norte: frío, montañoso, abrupto, adverso y distante no tuvo ese papel original, aunque sí otros, que sirvieron de soporte a las viejas Tradiciones Marciales de Japón, como la minería -hierro para forjar- o el conjunto humano que constituyeron: Ainus, los habitantes de Sakhalin o Kuriles.

Al sur, en la brumosa, oscura, recogida y aislada penumbra de Koya San, construyó Kukai la fe del Budismo Shingon; es casi imposible encontrarla en el litoral, cargado de luminosidad y esplendor.

Siempre un paisaje poblado de cedros, pinos y cerezos guarda el lugar en el que encuentran refugio los templos shintoístas y budistas. ¿Por qué esto es así...? ¿Por qué huyen de la luz: meditantes, monjes, introspectivos...?

Si, como dijo Lawrence Durrell, somos hijos del paisaje y expresiones de la Tierra, ha de ser cierto que también lo son nuestras habilidades, creencias, sensibilidades, deseos, sueños e impulsos. Dentro de esa estela infinita el Budô encuentra una razón de ser junto al paisaje que le ha visto nacer.

Sí, el estilo es el hombre y éste, su paisaje.



Principios del Aprender

Una de las evidencias que señala el alcance del Hecho Mismo del Aprender se refleja en la elección y selección de la fuente -o fuentes- que elegimos como referencia para nuestro propio proceso de Crecimiento dentro del Budô.

En este contexto, el panorama que se dibuja con mayor frecuencia es aquel que otorga la responsabilidad de la enseñanza -la nuestra- a una única persona, olvidando otras posibilidades.

Es esta una elección unidireccional, que singulariza nuestro concepto de Budô a partir de la experiencia que nos ofrece una única fuente elegida, negando la Oportunidad de la interacción con otras realidades. En mi opinión, ese Aprendizaje, al que me refiero, habría de extenderse a la Totalidad de la Vida.

Creo que en el interior del alumno, que todos somos, ha de vivir un afán: éste no es otro que el Aprendizaje Mayor, un hecho no sujeto a nada ni a

nadie, una constante que nos exige: la valentía del Desprendimiento, la ruptura del pre-juicio, la quiebra del yo y una Receptividad casi ilimitada.

Atreverse a Aprender es atreverse a Pensar y este es un proceso de constante Re-novación; por esta razón defiendo que un verdadero Aprendiz no ha de someterse a barreras apriorísticas, nombres propios o fronteras sin relevancia, todo ello conformado por situaciones, relaciones o interacciones cómodas y estancas en las que es muy posible dejarse engañar por unas conquistas menores.

En cierta ocasión le preguntaron a Michel Coquet Sensei acerca del concepto del Aprender. Michel respondió que, a su juicio, existía un número mayor de maestros que de verdaderos alumnos.

Creo que aquella respuesta está en sintonía con la idea aquí expuesta.



Encontrar las raíces

Erick From, en su "Miedo a la Libertad", nos ilustra acerca de la ausencia de referencias a la que el hombre actual se ve abocado por el desenfreno de su urbanidad y cosmopolitismo. En la polis griega, el sentido de lo colectivo, la pertenencia a un grupo humano con historia y destino común suponía en gran medida el sustento espiritual de sus habitantes. El ser humano que habitaba aquellos primeros núcleos urbanos, había superado el aislacionismo, apostando por el colectivismo. Estos primeros ciudadanos ocupaban un importante status dentro de la ciudad; en su interior, sus existencias tenían completo sentido.

En el Medievo, los gremios profesionales se aglutinaban para dar seguridad física, laboral, económica y espiritual a sus miembros; un ciudadano que conociera bien su oficio podía ganarse el sustento con el ejercicio de su habilidad. Esta certeza de pertenencia a un grupo le restaba libertad, pero le otorgaba equilibrio interior y conformidad con su vida.

Una situación semejante se volvió a vivir en el Renacimiento italiano, cuando surgieron las Ciudades-Estado, núcleos con una población mediana

en los que la vida en comunidad sostenía la razón de ser de hombres y mujeres; la Florencia de los Médicis es una muestra de ello.

La sociedad medieval japonesa se sustentaba en el clan y el individuo se debía a él. Los clanes se reunían formando alianzas, estrategias que suponían poderes e influencias mayores. Una vez formalizados los clanes, las familias reforzaban sus lazos, apoyándose y respetándose mutuamente, dependiendo de esta unión: su presente, su propio futuro y el de sus herederos. La política de clanes ha sido un hecho en Japón desde su más temprana historia. Fue a partir del período Heian (794-1185) cuando los clanes guerreros comenzaron a tener preponderancia en Japón, siendo, también entonces, cuando harían su aparición los primeros Koryû documentados. En el Japón medieval, los Koryû encontraron su sustento en el corazón de pequeñas sociedades, grupos humanos reducidos que sostenían ésta y otras formas de Cultura como un bien común con el que compartir: tiempo, estrategias, destino y espiritualidad, siendo dentro de este contexto donde una minoría estudiaba y practicaba una Escuela de Bujutsu Tradicional.

El hombre actual ha perdido ese punto de referencia al que aludo. En nuestros días, todos nosotros pertenecemos a un entramado político mayor - la nación o federación de naciones- concediéndonos esto una amplia visión de la vida y del mundo, pero devolviéndonos incertidumbre e inquietud espiritual. La libertad, que a priori nos facilitan elementos como el cosmopolitismo o la globalización, nos deja solos ante el abismo que supone la falta de referencias claras; esta sensación de inestabilidad, de falta de historia común, nos aterra.

Meditaba ayer sobre ello, entroncando semejante reflexión con la situación actual del Karate Tradicional, viendo que el panorama contemporáneo está muy lejos de tener: raíces sólidas, encuadres definidos, orígenes comunes, fondos valiosos, razones de ser o propósitos colectivos.

Me preguntaba dónde encontrar todo ello en esta cultura del exceso, del souvenir, del coleccionismo, de lo esporádico perecedero, de las relaciones de plástico, del tener primeramente y el ser posteriormente, de la banalidad como metáfora, de la irreal evasión o del modismo rampante al que, en muchas ocasiones, ha sucumbido nuestro Arte.

Ante semejante descripción, me interrogaba: ¿existen razones para el Optimismo...? Quiero creer que sí, pero -como el gran Juan Ramón Jiménez nos enseñó- hay que buscarlas en las minorías.

Sí, el espíritu de nuestro Arte puede encontrarse en algunos pequeños grupos, reunidos en torno a un hombre sencillo, sustentados en lúcidas, sabias y coherentes enseñanzas; cohesionados a través amistades forjadas tras décadas de trabajo diligente, enraizadas en el Hecho Mismo del Compartir la pura Alegría, el gozo común de la práctica del Karate Tradicional.

Estos pequeños remansos están, siempre, tan alejados del tumulto como del ruido: ese que provocan las algarabías, que proponen: conquistas menores, recompensas de hojalata, colores sin fin o ingenuas gradaciones que pretenden la sabiduría a costa de la economía.

Quien lo ha visto, lo sabe.



El momento es Ahora

A veces observo en el mundo del Budô un pensamiento enraizado en lo ya vivido, en lo experimentado por otros, en lo manifestado a través de cuerpos, mentes y espíritus que ya no son sino historia; en ocasiones, esas entelequias proponen la vuelta al pensamiento de unos, a los hechos de otros, a transitar caminos hollados, a visiones del arte anunciadas con anterioridad, como si la historia pudiera repetirse y las personas pudiéramos experimentar la práctica del Aikidô, el Karate Tradicional o el Kenjutsu de igual forma que lo hicieron nuestros predecesores.

Soy de los que creen que todas las cosas están en constante cambio, movimiento y transformación; todas han tenido un principio y todas, también, tendrán un final; por tanto, personas, hechos o palabras pertenecen a la corriente del devenir. Como nos enseñó Heráclito: uno no puede bañarse dos veces en el mismo río.

Pensaba en ello mientras escuchaba acerca de Antonio Stradivari. El maestro nació y vivió en Cremona, Italia, entre 1644 y 1737, siendo considerado uno de los más extraordinarios luthiers que jamás hayan existido. El genio de este artesano ha trascendido los siglos y aún hoy los auténticos Stradivarius –latinismo de su propio apellido con el que se conocen sus creaciones- resultan ser piezas de coleccionistas tocadas en exclusiva por relevantes figuras de la música, quienes aprecian sobremanera el sonido que puede surgir de la estructura de los violines fabricados por aquel destacado artista. En nuestros días, más de mil Stradivarius continúan viviendo entre nosotros. Los artesanos contemporáneos buscan afanosamente la razón de ser de tan alta perfección, dirigiendo sus pesquisas a los materiales que configuraban los instrumentos: maderas, barnices, pinturas, etc.

En los años en los que Stradivari vivió, Europa sufrió el conocido como “mínimo de Maunder”, un período frío que azotó aún más a la población, haciendo que las difíciles condiciones de vida del Continente se agudizaran. El descenso de las temperaturas afectaría a todos los elementos por igual, incluyendo los bosques de Cremona, en donde Stradivari extraería la madera con la que construiría sus obras de arte. A este particular secreto, escondido en la climatología del momento, hay que añadir el particular tratamiento de los barnices que el maestro italiano utilizara para aplicar a sus violines.

Extraer la fórmula magistral no es una tarea fácil; aún hoy nadie ha conseguido igualar el sonido de un auténtico Stradivarius. ¿Hay que buscar su razón en las maderas, los barnices y sus componentes, el agua, el aire, la humedad del ambiente, la luz...?

Ha existido un único Antonio Stradivari y su obra es y será irrepetible.

Continuando con esta idea de singularidad, recordaba una conversación con mi maestro, Sugawara Sensei, acerca de la forja tradicional de Japón, el método Tatara y la relevancia del período Kamakura (1192-1333) en la creación artística de la espada.

En Japón se han estado forjando espadas desde el Período Heian (siglo VIII); el proceso de influencia continental es evidente, siendo los primeros ejemplares prestaciones chinas y coreanas. A partir de aquí, el pueblo japonés elaboró su particular proceso de forjado, basado, fundamentalmente, en la arena ferruginosa. A este método se le denomina

Tatara.

Observando la historia con perspectiva podemos comprobar la evolución de las piezas forjadas en los diferentes períodos, evidenciando los avances logrados y las aportaciones que fueron sumando los diferentes artistas. Toda esta evolución transcurría dentro de unos parámetros equilibrados, pero llegados al Período Kamakura se destapa un auténtico éxtasis estético, un mejoramiento inusitado de los elementos, una consecución nunca jamás lograda cuyo resultado fueron espadas de una belleza sin igual, forjadas con un acero inmejorable.

¿Cuál era el secreto? ¿Quizá la madera empleada en los hornos? ¿Un determinado tipo de arena con una proporción de hierro particular? ¿Tal vez el carbón...? Lo cierto es que los actuales forjadores japoneses sueñan con encontrar aquella fórmula mágica, capaz de reproducir una hoja de sable de semejantes características, resultando hasta el momento infructuosos sus constantes intentos.

A todas luces, aquellas confluencias humanas, instrumentales y medioambientales, son imposibles de reproducir en la actualidad.

En un contexto similar podemos detenernos en la Cultura del Koryû, para observar que en el siglo XV vio la luz uno de los hitos del Bujutsu Tradicional de Japón: la Escuela Tenshin Shôden Katori Shintô ryû. Fue en la Prefectura de Chiba, en la llanura de Kantô.

Los Koryû tenían un nicho ecológico, antropológico, filosófico y espiritual muy definido y crecieron como hongos al abrigo de estos parámetros. La guerra fue una realidad durante varios siglos, hasta que la dictadura Tokugawa sometió al país a más de tres siglos de mutismo pacífico y aislacionista.

Los Koryû se gestaron en el campo de batalla, extrapolándose, posteriormente, al interior del dôjô, donde se perfeccionó, estructuró y desarrolló lo aprendido en la situación extrema que suponía el ejercicio de la guerra. Comprender la razón de unas formas (kata) es entender una mentalidad, unas relaciones sociales, un concepto de vida y muerte, una manera de estar en el mundo.

Estos escenarios descritos dieron como resultado Escuelas de Bujutsu tan determinantes como: Katori Shinto ryû, Kashima Shintô ryû, Shinkage ryû

o Maniwa Nen ryû. La mentalidad de aquellas gentes era, primeramente, práctica, después, técnica y, finalmente, estética. ¿Estamos en condiciones de pensar como ellos...?

Estudiamos con pasión un Koryû, investigamos su historia para comprenderlo, disfrutamos de un Bujutsu cuyo contenido nos permite aprender acerca de un modo de entender la existencia y, también, de una manera de gestionar la guerra, pero no pretendemos emular a un guerrero del siglo XIV del medievo japonés. Semejante ilusión es una utopía carente de significado, alejada de la realidad, atemporal e inmadura. Repetir esos esquemas sociales, mentales y espirituales en nuestros días es del todo ficticio.

Como ocurre en la propia Vida, también en Budô, tiempos personas y hechos se marchan para no volver. Revivir la historia, es un imposible. Nos queda no obstante nuestro presente y la construcción a partir de ahora de nuestro futuro.

Nuestro momento, nuestra Oportunidad, es Ahora.



Un tiempo de Paz antes de la guerra: el concepto Arte Marcial

*Establecer una datación exacta en relación a la **aparición de la guerra** es una tarea casi imposible. Semejante aproximación estaría sujeta a multitud de variables y condicionantes. El concepto guerrero se presenta en ocasiones confundido con el hecho violento, un acontecimiento éste del que sí tiene constancia el registro arqueológico y que podría remontarse al momento mismo en el que el hombre hace su aparición sobre la faz de la Tierra.*

*Los hallazgos encontrados demuestran que la guerra no es un hecho uniforme en el ámbito geográfico de **los distintos Continentes**. Podemos afirmar que las primeras fortificaciones datadas por la Arqueología varían notablemente de unas zonas a otras; un ejemplo lo encontramos en Oriente. En China aparecen vestigios procedentes del cuarto milenio, pero no se aprecian signos semejantes en el vecino Japón hasta ya comenzada nuestra Era. Una situación semejante podríamos observar si comparamos las fortificaciones encontradas en Europa Oriental u Occidental, África o América. Resulta además controvertido dirimir qué es un elemento guerrero y qué un instrumento de culto o trabajo diario. Un hacha, por*

ejemplo, puede tener ambas consideraciones: útil o herramienta para distintas labores, o arma capaz de quitar una vida.

*Existen **dos corrientes** de pensamiento en relación al fenómeno de la guerra. La primera defiende que su origen está ineludiblemente asociado al ser humano; la segunda propone un tiempo de paz anterior a la guerra. La mayoría de los investigadores no optan por posicionarse definitivamente, eligiendo una postura intermedia; mantienen que no existen datos suficientes para afirmar la opción A, pero no defienden, taxativamente, la opción B. La razón y la cautela nos conducen a situar nuestra opinión en ese término intermedio*

*El **Neolítico trajo consigo** el progreso humano, la agricultura y la sedentarización. El hombre comenzó a instalarse en pequeños núcleos, produciendo y haciendo progresar su existencia. Esta productividad neolítica, gestada bajo un modo de vida pacífico y, quizá, matriarcal, podría haber sido motivo de crispación, celo o animadversión para aquellos bárbaros interesados en apoderarse de los beneficios de una economía entonces emergente, utilizando para ello la fuerza, desencadenando así las primeras guerras.*

*¿Fueron **los sedentarios neolíticos** quienes instauraron las primeras diferenciaciones sociales, motivadas por el ascenso al poder social y económico? Es razonable pensar que, cuando existe algo que defender (familia, producción de alimentos, ecosistema, ruta comercial, etc.) puede haber una razón para la guerra. La creciente demografía, motivada por las mejores condiciones de vida, pudo resultar así mismo un detonante para el establecimiento de conflictos entre poblaciones. Estas son posibilidades que se enfrentan a una tesis diferente, aquella que defienden quienes estiman que las invasiones bárbaras nómadas destruyeron el mundo pacífico de la llamada Vieja Europa, un espacio poblado por pueblos neolíticos sedentarios.*

*Atendiendo a la **Arqueología y a la Lingüística** -dos métodos de investigación compatibles y necesarios para determinar y datar la Historia- **las primeras pruebas fehacientes** de actividad guerrera y violencia física que pueden encontrarse en el registro histórico corresponden a un tiempo en el que estas dos formas de entender la vida y el mundo cruzan sus*

destinos en distintas latitudes: la vieja Europa del Este, el Cáucaso y las estepas de Asia Central. Este hecho singular acaeció entre el Vº y el IIº milenio antes de nuestra Era, teniendo su origen en las estepas de la actual Ucrania y siendo resultante de varias oleadas migratorias: unos movimientos humanos que tomaron distintas direcciones geográficas. Las migraciones que se suceden entre el Vº milenio se dirigen hacia el Oeste; otras posteriores, acaecidas en el IVº milenio, ponen rumbo hacia el Sur y Suroeste; finalmente, una tercera migración se orientará nuevamente hacia el Oeste.

Conquistar la civilización ha sido siempre el leit motiv de los pueblos bárbaros. Así nos lo hace saber Herodoto en su Libro de la Historia. El hombre civilizado no ansía el páramo estepario, antes bien, ha construido su hogar en lugares templados donde es posible el progreso y el bienestar, un medio en el que la vida puede desarrollarse en equilibrio y armonía. Un ejemplo claro es el Mediterráneo, que ha visto nacer a numerosas civilizaciones que crecieron a orillas de este cálido mar, tales como: Egipto, Grecia, Roma, Tartesos, Creta, Hattusas, etc.

Maríja Gimbutas (1922/1997), arqueóloga lituana nacionalizada estadounidense, fue la precursora de una corriente científica de mucho interés para nuestro estudio. La doctora Gimbutas elaboró a lo largo de su dilatada experiencia varias hipótesis que han tomado gran relevancia en el panorama científico mundial. Una de ellas fue la de los **Kurganes**, en la que situó la Urheimat, o patria común de los Pueblos Indoeuropeos, en la región que ocupa la actual República de Ucrania. Estos Pueblos son determinantes para entender la formación y posterior expansión de la cultura guerrera. La segunda hipótesis fue la de la **Vieja Europa**, una comunidad neolítica pacífica, sedentaria y matriarcal. Este es un punto crucial para comenzar a detallar nuestra investigación, pues según Gimbutas el hecho de la guerra acaecerá en las fronteras que estas comunidades del Este europeo mantienen con **los Indoeuropeos**, gentes con una intencionalidad expansionista y belicosa, gobernados por un sistema patriarcal.

Milenios de transición establecieron finalmente la **supremacía del concepto guerrero** y la preponderancia de la acción militar frente a la

convivencia pacífica que el Neolítico había propuesto. A partir de aquel período, la guerra se convirtió en un común denominador entre las culturas. Los Imperios emergerán, crecerán y sucumbirán ante otras fuerzas mayores. **Los egipcios** encontrarán su ocaso frente a los Pueblos del Mar. **Los Sumerios**, sin entronque familiar conocido, verán declinar su Imperio en su enfrentamiento con los Asirios, quienes, a su vez, desaparecerán en su pugna con los Hititas de Asia Menor. **Las culturas del Valle del Indo** aparecerán sin vestigios guerreros, ausentes también en su etapa de formación y desarrollo, pero en su declive y debido quizá a la propia decadencia, la guerra será un factor a tener en consideración. **Los Pueblos nómadas** de Asia Central favorecerán con su movilidad la instauración en Oriente de la cultura guerrera, una cultura de la que se harán eco los pueblos de Koguryo y Shilla, en la actual Corea; los Tungus de la Cuenca del Amur; los esteparios mongoles y los asentamientos humanos establecidos en China, a lo largo del Valle del Río Amarillo.

Atendiendo a esta epopeya comprenderemos que la configuración del concepto Arte Marcial es resultado de un cotinuum. Su consolidación supone una herencia acumulada de miles de años, una experiencia basada en el impulso primario de la supervivencia, en el deseo de poder, en la expansión del comercio, en la propagación de unas ideas religiosas, de la propia cultura, etc. Todos y cada uno de los pueblos habrán desarrollado sus propias ideas en relación a la guerra, aportando estrategias, manipulando el metal para la construcción y el diseño de armas, ampliando, también, el bagaje que comporta la guerra cuerpo a cuerpo.

El soporte, armazón y estructura de lo que sería con posterioridad el Bujutsu medieval de Japón –y el Budô, nacido a partir de él– se va a configurar a partir de una trayectoria histórica, técnica y espiritual en la que van a tener su lugar otras manifestaciones e iniciativas humanas, tales como: el chamanismo, la metalurgia, la religión, el arte o el comercio.



La medida del tiempo

Leía recientemente a un autor que sustentaba sus ideas en la experiencia, justificando sus opiniones, primeramente, en este soporte, defendiendo ese puntal, ese pilar monumental que son los años apilados y superpuestos frente a la inexperiencia de la juventud, la ingenuidad del noviciado o la cándida impericia. En mi opinión, no siempre la Experiencia es sinónimo de Sabiduría.

A mi modo de ver, la gestión del tiempo es diferente según las culturas. Los orientales tienen una visión del tiempo: circular, recurrente y cíclica. Para budistas e hinduistas existe una auténtica "Rueda del Tiempo" y en ese devenir están unidos: pasado, presente y futuro. En su forma de pensar, todo está imbricado y -también todo- tiene una relación en el tiempo: los ancestros, los seres vivos y el porvenir. Este punto de vista es interesante cuando pretendemos entender la conexión de las Escuelas de Bujutsu (e incluso las de Budô) con sus predecesores o con las generaciones venideras.

Occidente, por su parte, sostiene una perspectiva más lineal del tiempo; ésta se fundamenta en un presente siempre actual, una limitada consideración del pasado y una -en ocasiones- inexistente perspectiva futura. Esto es notorio si observamos, detenidamente, nuestro modo de estar en el mundo: un modelo basado en el egocentrismo.

En Budô, la Experiencia es un factor añadido que presupone valores humanísticos, tales como: constancia, esfuerzo, tenacidad, voluntad, fe en

uno mismo y confianza; reconociendo, a la vez, objetivos cumplidos: Conocimiento, Entendimiento, Sabiduría.

Según mi criterio, por no ser siempre sinónimo de Opinión Propia y Progreso Adecuado, ese valor añadido, que es el tiempo de estudio y práctica de un Arte Marcial, no es determinante para alcanzar un Entendimiento de Budô.

Sí, es cierto que ocasionalmente los tiempos corren a una velocidad similar a la del Conocimiento; nos encontramos entonces con hombres y mujeres experimentados en el Arte y, no obstante, abiertos al Aprendizaje, a lo Desconocido, a la Profundidad que supone el Encuentro con lo Esencial. Ellos son exponentes y ejemplos vivos de esa posibilidad a la que he aludido: la unidad del tiempo y la Sabiduría.

Otras veces, aún dilatándose, el tiempo nos detiene, nos aprisiona y aleja del propósito inicial: el Hecho del Aprender. Esto ocurre cuando ese tiempo, aunque alargado, se ha afirmado en la rutina, vivido desde la monotonía, transcurrido bajo el sinsentido, encontrándonos, ahora, con el estancamiento, la rigidez y la ausencia de Libertad. En esos casos, una amplia experiencia en el tiempo no ha dado como resultado el Conocimiento deseado.

También en Budô, como en cualquier otra forma de Expresión, han existido, existen y existirán: aprendices, ejecutores y maestros; obreros, artesanos y artistas; inmovilistas, imitadores y genios.

Uno de estos genios -rompedor de los moldes del tiempo- ha sido Hiroyuki Aoki Sensei.

La trayectoria de Hiroyuki Aoki, alumno del gran Shigeru Egami Sensei, fundador del Shotokai, fue fulgurante: quinto dan –máxima graduación en Shotokai- otorgado por su maestro en la veintena, el joven Hiroyuki pasó a liderar el Grupo de Estudio de Karate Ratukentai, formado por artistas, músicos y budokas, con un objetivo común: configurar un Karate más progresista, basado en ideas creativas, humanísticas, artísticas, de expresividad y salud que proponían sus inquietas y jóvenes mentalidades. La capacidad de asimilación, elaboración y creación definitiva de Aoki Sensei se tradujo en un nuevo concepto del Arte, al que denominó Shintaidô: cuando presentó sus conclusiones no había cumplido aún los treinta años.

Talento, Visión, Ingenio, Sabiduría, Inspiración o Inteligencia son facultades que, acompañadas de Experiencia, dan como resultado el

verdadero Conocimiento de nuestro Arte. Años de experiencia sin la compañía de estos atributos son, únicamente, tiempo, y a ese tiempo no hay por qué atribuirle el Conocimiento.



Civilización o barbarie

A lo largo de la Historia los pueblos bárbaros han irrumpido sin tregua en el interior de las civilizaciones, utilizando para ello la fuerza, la violencia y la guerra, haciéndose con una Cultura de la que ellos carecían, refinando así su manera de estar en el mundo: unas formas contrapuestas a las consideradas civilizadas.

En el cuarto libro de su "Historia", el filósofo y viajero Herodoto dibuja un recorrido en torno a uno de los pueblos bárbaros que circundaba la próspera y educada Grecia: el país Escita. El viajero nos muestra en la obra un panorama detallado de su modo de vida; la descripción que de ellos hace no deja lugar a dudas: son, antes que nada, un pueblo belicoso, simplista, patriarcal, descuidado y oportunista.

El mundo civilizado antepone el Ser de las cosas a su productividad; defiende el cultivo interior, frente al comportamiento primario; es buscador de acuerdos, conciertos y tratos, antes que ser agresivo y territorial; conoce la medida justa de los quehaceres mundanos, reprueba el exceso y rechaza la magnanimidad de los actos.

Los bárbaros, en contraposición, hacen de la productividad su bandera, relegan a un segundo término el verdadero propósito de una acción -que consiste, únicamente, en el gozo de ser realizada. La barbarie es expansionista, antes que selectiva; acentúa los medios antes que perseguir los fines; es práctica, antes que lúdica; defiende la rentabilidad antes que el altruismo.

En nuestro tiempo, esta es una de las situaciones que se dibuja en el mundo del Budô.

Vivimos una época en la que un Arte Marcial se valora en términos de efectividad, resolución o practicidad; un tiempo en el que se apartan y relegan los términos con Esencia y peso específico: Estética, Ética, Sensibilidad, Espiritualidad.

A mi modo de ver, este es, a todas luces, un comportamiento bárbaro.

Pensaba en ello, mientras observaba la fotografía con la que acompaño estas palabras. Meditaba sobre la transformación que han experimentado las formas de Budô, unas formas de Expresión que abandonaron ciertos contextos civilizados, modelos configurados en pequeños núcleos humanos donde se compartía -como en plazas y mercados- una forma de Cultura: esa capaz de concebir amable el mundo, haciendo la vida agradable dentro de él.

La imagen resume, en mi opinión, el paradigma civilizado referido y su relación con la práctica de un Arte Marcial: hombres y mujeres realizando sus ejercicios de forma natural, encontrando y experimentando con ello salud y energía, midiendo los tiempos, colaborando, deleitándose con la costumbre de unos movimientos centenarios, equilibrando placer y disciplina.

Creo, sinceramente, que ese es un comportamiento absolutamente civilizado.

Sí, la mentalidad hiper-organizada es un barbarismo, como también lo es la desmedida practicidad, la desproporcionada expansión, la ausencia del gozo o las motivaciones que mueven unas compensaciones menores. Barbarie es anteponer los medios postergando los fines, la preponderancia del negocio y la negación del ocio, la violencia frente al pactismo, alentar multitudes silenciando la palabra de las minorías.



El apartamiento del mundo

A finales del siglo XIX, el geógrafo ruso Vasily V. Dokuchaev (1846/1903) se erigió en precursor de una iniciativa valiente, una idea que proponía considerar ciertos entornos naturales, espacios restringidos frente a la actividad humana. A semejante propuesta la denominó "Zapovednik", esto es: área protegida contra el quehacer humano, la actividad económica o el devenir de los tiempos, calificándola como sagrada para la Humanidad.

Con su aprobación, el Gobierno se veía obligado por Ley a defender y cuidar aquel medio ambiente en su estado natural y salvaje.

Cuando en 1934 las autoridades de la ya extinta Unión Soviética tuvieron que decidir sobre la Reserva Natural de Kronotski, en la Península extremo-oriental de Kamchatka, optaron por incluirla en la ya alargada lista de lugares acogidos al estatus de Zapovednik, estimándola desde entonces: territorio prohibido al expansionismo del mercado, al turismo, al desarrollo insostenible o la producción desmedida.

Hoy, esta Reserva Siberiana cuajada de majestuosos espacios, cordilleras infranqueables o volcanes en activo, habitada por una fauna salvaje que

vive sus días en absoluta libertad, está considerada Patrimonio de la UNESCO.

Son unos pocos los elegidos que cada año tienen la fortuna de recorrer a pie los escarpados paisajes de Kronotski, descansar la mirada en sus infinitas cadenas montañosas o deleitarse con su Naturaleza original. Esos singulares huéspedes se someten a severas normas de comportamiento y estrictas medidas de seguridad, manteniendo un compromiso de respeto más que absoluto con el entorno que van a hollar.

Mantengo en el recuerdo una experiencia vivida una tarde de agosto, veinte años atrás; caminaba bajo un sol de justicia por los caminos de una aldea, situada en un rincón apartado de la gran llanura de Kantô, en el Japón Central. Buscaba un viejo dôjô, cuna de una de las tradiciones del vetusto Bujutsu: un Koryû preservado durante siglos que aún mantenía su espíritu erguido en aquel recóndito lugar. La humedad de los campos de arroz congestionaba aún más un ambiente ya adverso para mí, añadiendo al momento una nueva variable, haciéndolo todavía más dificultoso. Al llegar por fin al escondido lugar me encontré con la adversidad de quienes se sienten interrumpidos en su deseado anonimato, en el trabajo silencioso, en la intimidad familiar. Para aquellos bujutsukas, mi presencia constituía la usurpación de su más preciado tesoro, significando esto un atrevimiento que, ante sus ojos, pretendía desbloquear eso que para ellos debía continuar siendo desconocido, ignorado, silenciado. Aquella forma de Cultura debía preservarse porque era, sencillamente, sagrada.

Algunos Koryû tradicionales se refugian en el anonimato, amparados en la distancia que les separa de los grandes centros urbanos, lejos del ruido de sables que emiten: la prensa especializada, las cadenas de TV, o Internet.

Tratando de sostener la raíz de una Cultura, que el devenir parece querer absorber, neutralizar y asimilar, estas Escuelas continúan aisladas, pulsando la vida a ritmo lento, deteniendo el tiempo y mostrándose ante nosotros: secundarias, extrañas, ocultas y misteriosas.

Si en nuestra relación con ellas no somos capaces de establecer el Compromiso, el Respeto, el Agradecimiento y el Amor, deberíamos, al menos, aprender a verlas desde la distancia, disfrutarlas desde la lejanía, amarlas desde la separación, entendiendo que no nos pertenecen, que tienen su medio-ambiente natural y que fuera de él se encuentran en serio peligro de extinción.

Esta posición de los Koryû ante un futuro más que incierto me recordaba la adoptada por algunos grandes hombres, esos que, también un día, decidieron ausentarse, hacerse humo y alejarse del mundo, como hiciera en sus últimos años el gran Hermann Hesse, quien en el frontal de su hogar, en Montagnola, Suiza, había emplazado el siguiente poema:

*"El anciano ha visto del mundo más de lo que hubiese deseado/
conoce a los hombres y no desea especialmente su trato/
si me pregunta donde está/
le contestaré que salió temprano esta mañana/
fue a recoger flores en el bosque/
le ví perderse entre las brumas de la montaña".*



Tradición y Revolución

Quizá, una de las posturas más inteligentes que podamos asumir en relación a nuestras ideas sobre el Budô que estudiamos sea el Relativismo. Casi todos los planteamientos son, o pueden ser, relativos, dependiendo éstos de multitud de factores que no podemos acotar, entre ellos, la propia historia de las Artes Marciales, plagada de transmisiones orales, personalismos poco objetivos o mitologías sin base científica, condicionantes todos que deberían hacernos reflexionar, volviéndonos más cautos en la defensa, a veces vehemente, de nuestras posturas.

La ya clásica oposición entre tradición y revolución, antigüedad y actualidad, clasicismo y modernismo, merecería, a mi juicio, una revisión más profunda, situando, convenientemente, nuestro criterio: un criterio que no puede ser tan apriorístico y que habría de asentarse en elementos más ceñidos a la propia realidad que la Historia documentada nos enseña.

Al hilo de esta reflexión, volvía a leer sobre la situación social y los acontecimientos que dieron lugar a la Revolución Industrial, una inflexión en la historia que supuso el fin de la sociedad tradicional, un modelo de convivencia que había perdurado desde que el hombre abandonara el

primitivismo y estableciera los primeros núcleos urbanos, conformando las primeras civilizaciones.

En este prototipo de coexistencia, que era la sociedad tradicional, la vida se ordenaba atendiendo a unos principios que implicaban todos los ámbitos del quehacer y sentir humano: entendimiento teocrático del hecho religioso, autoritarismo político, estratificación social, restricción del movimiento fuera del entorno, trabajo hereditario y familiar, actividad económica de carácter primario y artesanal, educación elemental, alta mortalidad, ajuste al consumo de productos locales, poco o ningún acceso al ocio, etc.

Con la Revolución Industrial -y más tarde con la Revolución Francesa- llegaron los avances en Tecnología, Ciencia e Industria, implantándose, además, las nuevas ideas filosóficas, políticas y morales, siendo a partir de este momento cuando el viejo modelo de convivencia, ya obsoleto, desaparece, dando paso a un nuevo concepto de vida: la sociedad industrial.

Este nuevo concepto social proponía una cultura democrática más igualitaria, favorecía la movilidad de sus habitantes, defendía la independencia laboral, invertía en formación profesional, reducía notablemente la mortalidad, basaba su economía en el consumo -tanto interno como externo, fomentaba la competitividad y estaba determinada a exigir un tiempo de ocio para el trabajador, un punto éste, crucial y determinante.

La sociedad post-industrial en la que vivimos, está fundamentada en principios opuestos a aquellos otros que dieron como resultado las Artes del Budô y del Bujutsu, asentándose en elementos tales como: competitividad, crecimiento, consumo, movilidad intercontinental, información, etc.

Sí. Paseamos junto a nuestro Patrimonio Histórico, pero residimos en confortables edificios, dotados con todo tipo de adelantos tecnológicos que nos hacen la vida sencilla y amable. Nos interesamos por la Medicina Natural, pero corremos raudos al Hospital, para ser tratados de urgencia por la Medicina oficial. Los libros de estrategia marcial, como el Sanryaku o el Gorin no sho, resultan de interés entre los estudiosos del Bujutsu, pero son los brokers de Nueva York quienes lo aplican en sus negocios de Bolsa; viajamos a Okinawa, China o Japón, para estudiar escuelas de Bujutsu con medio siglo de antigüedad o formas de Karatejutsu que perviven en un archipiélago del Océano Pacífico desde hace doscientos años, pero lo hacemos en aviones de última generación, junto a nuestros portátiles,

teléfonos móviles y travelers cheques; algunos defienden clásicos sistemas de gradación – y, también, de distinción, clasificación y diferenciación- como el Menkyô Medieval, o el Shôgô decimonónico, pero en sus países desean sentirse equiparados al resto de los ciudadanos, saliendo a la calle y reivindicando más igualdad, mejor democracia, mayor participación social y total transparencia. Es una esquizofrenia camuflada, que pretende vivir con un pie en la sociedad moderna y otro en el mundo tradicional.

Meditaba sobre ello y, no obstante, me encontraba rodeado de libros de Budô y Bujutsu, en todos y cada uno de los cuales los autores defienden (defendemos) nuestro trabajo desde una óptica tan tradicional como nos permite nuestro tiempo. Más tarde, profundizando sobre esta postura, hacía una introspección sobre la semántica de esa palabra -tan al uso en nuestro mundo del Budô- el contexto en el que se encuadra, el continente que le daba forma y el contenido que suponía su esencia más íntima. Todo ello no hacía más que relativizar ese concepto tan utilizado, nombrado y defendido: Tradicional.

En mi opinión, si hablamos de la práctica de un Arte Marcial bajo un prisma Tradicional, haciendo alusión, únicamente, a las formas del mismo, entonces éstas sí pueden considerarse tradicionales, aunque bien es cierto que estaremos empujando la semántica del término y reduciendo su contexto, pues, como hemos visto, una actividad, así nombrada, habría de desarrollarse en un contexto social tradicional, donde habitara una mentalidad tradicional y un espíritu de trabajo, también, tradicional, algo que dejó de ser una realidad en el siglo XVIII.

Entendiendo esto así, considero que es una entelequia asegurar que practicamos un Arte Marcial Tradicional en su integridad, todo lo más, nuestro planteamiento de práctica es tradicionalista en su continente, pero moderno y actual en su contenido.



La reconstrucción de los hechos

Es espectacular la capacidad que ha alcanzado la Ciencia de la Paleontología en relación a la datación de sus descubrimientos, definición de las especies aparecidas, procedencia de los grupos humanos, dietas, rutas migratorias, etc. En muchas ocasiones, los hallazgos no hacen más que multiplicar las preguntas ya existentes, pero en ese constante batallar, que surge entre ambas polaridades -por una parte, los descubrimientos y, por otra, los avances científicos- el ser humano no abandona jamás la lucha por conquistar un razonamiento más ajustado a la realidad, una explicación más cercana a la verdad de ese hecho que ha significado su deambular sobre la faz de la Tierra.

Una de las variables que más me sorprenden es la posibilidad de reconstruir todo el complejo de la anatomía humana a partir de una sola pieza del esqueleto. Una mandíbula, por ejemplo, puede posibilitar una información completa sobre la capacidad craneal de un individuo, responder a la

pregunta de si éste pudiera o no expresarse a través del lenguaje hablado, el tipo de alimentación que mantuviera en su hábitat, su estado de salud, sociabilidad, locomoción, etc. Por su parte, una pelvis puede responder a factores tales como: maternidad, sexualidad o bipedestación.

A partir de los restos de Homo Antecesor, encontrados en la Sierra de Atapuerca, en la provincia de Burgos, los paleontólogos han reproducido el prototipo de nuestro antepasado común: un ser humano que habitó aquella latitud hace ochocientos mil años. El resultado es una auténtica proeza de ingeniería biológica. En los equipos de investigación se han sucedido observaciones, intuiciones y análisis, que han dado como resultado la elaboración de un método científico matemático capaz de rehacer, acertadamente, la estructura corporal de aquellos predecesores.

Interpretando estas investigaciones en claves de Budô, también nosotros quisiéramos ponernos en la piel de aquellos que fueron los primeros exponentes en las artes del Budô y del Bujutsu y comprender así la razón de ser de su legado, analizando para ello el único vestigio con el que contamos, un equipaje que ha llegado a nosotros tremendamente maquillado a través de los tiempos: los katas.

¿Podríamos, si miráramos atentamente estos katas, encontrar toda la información que necesitamos para reconstruir las constituciones físicas, estructuras anatómicas, psicologías y mentalidades, carácter y espiritualidad de aquellos que trataron de expresar su talento con la creación de semejantes estructuras técnicas?

Al igual que los científicos hacen con los restos óseos encontrados en los yacimientos, también nosotros observaríamos estas obras de ingeniería, que son los katas, detenidamente, hasta comprenderlos y hacerlos nuestros; trataríamos de ser intuitivos con lo observado, experimentando emociones y sensaciones dentro de su práctica y viviendo sus secretas emociones para preguntarnos, finalmente, sobre los artistas constructores.

Contestar a estas preguntas nos acercaría a su naturaleza, a su personalidad, a su modo de ver y entender el mundo; esto, qué duda cabe, nos daría algunas claves para comprender la lógica de sus ejercicios.

Estos podrían ser algunos interrogantes:

- 1.- *¿Tenían un carácter tranquilo o agresivo, desconfiado o inocente?*
- 2.- *¿Transcurrían sus vidas en un medio hostil o pacífico?*
- 3.- *¿Cómo era su morfología?*
- 4.- *¿Qué grado de inteligencia poseían?*
- 5.- *¿Cuál era el sentido de su espiritualidad?*
- 6.- *¿Cómo era su anatomía?*
- 7.- *¿Era amplio o reducido, el contexto social en el que se desenvolvían?*
- 8.- *¿Cómo era su mundo emocional?*

Cuando tuviéramos contestación a estos cuestionamientos, podríamos plantearnos esas otras dudas que nos asaltan, esas para las que no existen respuestas fidedignas, esas que quedan al antojo, al libre albedrío, a la espontaneidad, a la imaginación -muchas veces- de los interrogados y, esto, por no disponer de elementos de juicio, escritos fehacientes, documentación sostenible, literatura con base histórica o testimonios directos en los que confiar.

Así como algunas danzas contienen dentro de sí ingredientes que les son notorios y evidentes, gestos que por sí mismos definen su carácter -como ocurre con el Haka maorí, la Kachampa de Perú, el Kathakali de Kerala, la Danza china del León, o la Hermigua de la Gomera, en las Islas Canarias- así también los katas contienen componentes que, sumados a aquellos aspectos ya destacados -carácter, entorno social, morfología, anatomía, espiritualidad- podrían informarnos acerca del contenido de sus técnicas.

Encontraríamos respuestas a preguntas tales como:

- 1.- *¿Cuál es el propósito de los nombres que otorgamos a los katas?*
- 2.- *¿Tienen algún sentido los gestos manuales -mudras- que encabezan los kamae?*

- 3.- *¿Por qué razón el movimiento se desarrolla siempre en irimi?*
- 4.- *¿Por qué es tan poco natural el trazado del embusen?*
- 5.- *¿Está el kata diseñado a partir de una experiencia o su composición es anterior a ésta?*
- 6.- *¿Tiene el kata en consideración el medio-ambiente –espacio, luz, terreno- o es un ejercicio del todo uniforme?*
- 7.- *¿Qué finalidad tienen los movimientos pasivos?*
- 8.- *¿Son todos los katas aptos para cualquier practicante?*

Como acontece en otras Ciencias, un análisis exhaustivo del Kata nos permitiría conocer la impronta de los artistas que le dieron vida, el medio ambiente natural y cultural en el que se desarrollaron, sus propias condiciones físicas, mentales y espirituales. Conociendo tales circunstancias, podríamos, quizá, desentrañar las últimas intenciones que los viejos maestros del Budô quisieron transmitir y compartir con las generaciones que les sucedieron.



El Genius Loci del Budô

Dice la leyenda que Demócrito se arrancó los ojos para concentrarse totalmente en aquello que consideraba esencial: su mundo interior. Él, al que tildaban de extravagante, había convivido con las diferentes culturas que circundaban el mundo Egeo, viajando por Egipto, Mesopotamia o Etiopía, estudiando con magos persas y sacerdotes caldeos para, después, retroceder hacia lo pequeño, desarrollando el Atomismo que iniciara su maestro, Leucipo.

Esa abstracción es una de las características del genio quien, dejando la puerta abierta a la Inspiración, dilata el tiempo en su presencia hasta alejarse totalmente de la realidad aparente en la que mora. Allí, en ese territorio vedado para el común de los mortales, descubre las Esencias y asociando el talento a esa, que es su huida del mundo, nos transmite visiones alejadas, oscuras o luminosas, fantasmagóricas o resplandecientes, densas o livianas, pero tan vivas como las que percibimos en el mundo tangible.

Siguiendo al filósofo, escuchaba al poeta Pablo García expresándose en relación a su obra, defendiendo que la mirada del escritor no ha de ser, nunca, plana o superficial, sino oblicua y profunda, para denunciar con ella

aquello que está más allá de lo evidente, de lo manifestado y visible. Yo creo que hay que ser atrevido y valiente, para traspasar eso que esconde la apariencia de la realidad y definiendo que un creador ha de ser, primeramente, un hombre comprometido. Opino, además, que esa capacidad de observación -transversal, honda y abismal- es el territorio por el que han deambulado y deambulan los genios que en el mundo han sido.

En la excelente película Una mente maravillosa, dirigida por Ron Howard, se nos muestran algunas de las facetas más significativas del genio: la asociación de ideas y la abstracción. John Nash, Premio Nobel de Economía en 1994 en quien está basada la obra, se pasea por el escenario obsesionado con el hecho de descifrar una serie de códigos que el Pentágono le pide resolver. Esta, la obsesión, es otra de las variables de su existencia.

Demócrito y Heráclito, Newton y Leonardo, Mózart y Beethoven, Van Gogh y Dalí, Borges y Bertrand Russell, Einstein y Stephen Hawking, Juan Ramón y Baudelaire, son algunos genios que utilizaron esa Mirada Oblicua para interpretar el mundo sutil que intuían más allá de lo perceptible.

También en Budô nos encontramos en ocasiones con ellos, los genios. Sí. Percibimos en ellos el intercambio constante de imágenes, secuencias y formas que multiplican lo que otros hemos hollado una y otra vez sin atisbar un ápice de la grandeza que encerraban unos movimientos o el propio cuerpo, descubriéndose en el espacio, resultante esto último de un Arte Marcial funcionando a pleno rendimiento.

También la erranza puede ser un atributo del genio, como aquel periplo interminable que siguió el gran Miyamoto Mushashi, rebosante de talento e intuición, técnica y determinación, ausencia y contemplación. El espadachín, como uno de esos planetas que vagan por el Universo sin familia, sin guía, sin estrella, se tenía, únicamente, a sí mismo, y era en esa soledad donde la Inspiración venía a buscarle. Mushashi nunca tuvo un dôjô en el que enseñar el vasto conocimiento que poseía del arte de la espada, pero aún así no eran pocos los que le seguían, pretendiendo acotar sus enseñanzas, para hacerlas suyas y emularlo. El Maestro, finalmente, se recluyó aún más en el anonimato, acercándose al Zen, una vocación que le conduciría hacia ese Genius Loci que había perseguido desde que nació. Se

dice que Miyamoto, aislado del mundo, escribió su mágica obra: Gorin no Sho. Moriría dos años más tarde.

Independientemente del Arte Marcial elegido, o de la técnica utilizada, el hecho mismo de la genialidad nos sobrecoge, considerando que los genios - esos aventureros del Conocimiento vedado- han abierto fronteras más allá de lo establecido como seguro, porque es bien cierto que cuanto más miramos, mayor número de escenas, hechos y acontecimientos vienen a visitarnos.

Algunos genios del Budô que acompañan a Miyamoto Mushashi y forman parte de ese elenco extravagante, excéntrico, marginal y, también, extraordinario, excepcional e insólito, pueden ser, en mi opinión: Morihei Ueshiba, en su etapa de madurez; el lleno de talento Tetsuhiko Asai; el siempre elegante, preciso e inteligente Seigo Yamaguchi; aquel visionario, vanguardista y revolucionario Hiroyuki Aoki; el exquisito y formidable Kyuzo Mifune.

Vemos la luz del Sol y la percibimos amarilla, anaranjada o roja pero si nos detuviéramos a mirar con esos ojos que nos entrega la Ciencia en forma de lentes telescópicas, comprobaríamos que esa Luz es, absolutamente, blanca. Y es así, como el astrónomo ha mirado más allá de la primera luz, intuyendo que otra Luz es posible, que ha mirado el genio del Budô su Arte, intuyendo, una vez más, que detrás de esa técnica manida, visible y evidente, existía otra posibilidad de expresar su Yo más profundo, estrechando para ello las distancias que separan el Arte, la Creación y el Humanismo.



Practicar desde la necesidad

José Luis Sampedro nos ha dejado este año, pero nos quedan sus ideas, sus pensamientos y sus libros que son, a decir de él mismo: su propia vida. En los innumerables destellos de lucidez que podemos encontrar en su Obra, me he parado a releer algunas meditaciones que aparecen en uno de sus singulares trabajos, escrito al alimón con quien fue su compañera sentimental: Olga Lucas. Fue en el transcurso de un curso de verano en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander donde el sabio –por Experiencia y Conocimiento- hacía un recorrido vital de su larga epopeya como escritor, un periplo que tuvo sus orígenes en las primeras influencias familiares, en la soledad de un internado de Cuenca y en el despertar a la vida en ciudades como Aranjuez o Madrid en los primeros años treinta del pasado siglo.

Hay muchas ideas sobre el escritor y su obra, por él desarrolladas en este ensayo, que tienen un paralelo con las actitudes, relaciones y opiniones que sostenemos acerca del Budô y del Bujutsu que estudiamos; algunas son

absolutamente significativas y fácilmente extrapolables, otras, sin embargo, merecen unas palabras y algunas reflexiones, pero son también admisibles y reciclables para entender más y mejor el Arte Marcial que hemos elegido.

Al igual que nos enseñó Séneca en una de sus memorables sentencias: “La recompensa de una Obra de Arte consiste, únicamente, en haberla realizado”, también José Luis Sampedro nos alecciona: “Uno escribe desde la necesidad. Escribir es vivir”. Al hilo de esta frase, el viejo profesor nos relata una anécdota que se prolongó cuarenta años, siendo, éste, el tiempo transcurrido desde que comenzara su andadura literaria hasta que el público y la crítica reconociera su trabajo creador. En estos cuarenta años de abnegada y silenciosa formación José Luis Sampedro se levantaba cada día a las cuatro de la mañana para escribir diligentemente sus primeras novelas. Su determinación era clara: sentía la necesidad de escribir. Eso era todo. Sin pensar en publicar, su leit motiv se limitaba a la propia expresión, siendo, también eso, su oxígeno, su pulso, su razón.

Yo creo firmemente en la sentencia que defiende el maestro José Luis Sampedro y, si contemplo el panorama del Budô en el que vivo y me desenvuelvo, no puedo más que admitir que ese noble y alto ideal del Compromiso con la propia práctica del Arte, ese modelo, que es puro placer y Amor, es casi imposible de encontrar en nuestro medioambiente. No obstante, aunque parezca una idea atemporal, la apostillo y defiendo, como queriendo mostrar con ello una pequeña luminaria, para decirme a mí mismo, que esa relación limpia, sincera y honorable, puede ser una realidad y que no hemos de descartarla ni minusvalorarla.

Otra de las consignas que rescato de este ensayo es la definición de un mundo multidimensional y de la imposibilidad de sostener una única visión de nuestra realidad. Sí. Como existe la imperiosa necesidad de sostener y fomentar un único modelo de sociedad, existe, también, una casi dominante tendencia al pensamiento único en Budô, pensamiento que es defendido contra viento y marea por unos y otros desde posiciones encontradas, siendo esto una entelequia, antinatural y ficticia. En mi opinión, tener aprensión a esas diferenciaciones es no haber entendido la realidad de la propia vida

Las personas observamos la realidad con diferentes ojos, la escuchamos con distintos oídos, la tocamos con desiguales manos, la caminamos con piernas dispares, y esto por no nombrar las inteligencias, emociones y sensaciones propias del alma, todo ello nos da una resultante: es imposible la uniformidad en Budô. Así pues, teniendo distintas apreciaciones del mundo, tenemos, también, diferentes ideas sobre el modo de habitarlo y vivirlo y, continuando con el aforismo, algo similar ocurre con el Arte Marcial y su Entendimiento. No obstante, como personas que somos, hemos de encontrar las coincidencias que nos posibiliten estrechar lazos, cooperaciones y colaboraciones, circunstancias todas que nos permitan reconocer otras inteligencias, diferentes sensibilidades y distintas creencias en torno a nuestro Arte.

Otro punto de inflexión en el ensayo se corresponde con la descripción de la Emoción que es, a juicio del escritor, una condición inexcusable en cualquier actividad humana. En este punto, como budoka, también estoy totalmente de acuerdo con él. La cantidad, la multiplicación de elementos, el número infinito de sistemas y formas, la singularidad, la sencillez, la simplicidad o el minimalismo del equipaje de un hombre de Budô, ha de contener, siempre, este elemento de síntesis, de conducción, de unión de contrarios y opuestos que es la Emoción, porque todo, en Arte, comienza y termina con ella, y será desde ella desde donde podamos transmitir y comunicar con los demás. Creo, también, que todos estos elementos anotados pueden ser compartidos, pero será imposible enseñar el hecho mismo de la Emoción, cómo llegar a emocionarse. En el mejor de los casos, ese es un territorio que un budoka deberá descubrir por sí mismo.

Finalmente describiría otro aspecto que me ha parecido sustancial y muy provechoso para nuestro planteamiento de investigación y de estudio infinito en Budô y este no es otro que el antagonismo que José Luis Sampedro establece entre el Ansia de Libertad y el Ansia de Seguridad. En mi opinión, siguiendo la naturaleza del Budô y dentro de él ese axioma que es Shu Ha Ri –Aprendizaje, Maduración, Creación personal- deberíamos comenzar aproximándonos a la Seguridad pero sabiendo tender puentes, irremediabilmente, hacia la Libertad. Esta Libertad, a la que aludo, comenzará siendo en Soledad, porque será en ella y sólo en ella donde el verdadero Aprendizaje se producirá, aunque el intento por alcanzarla nos

pueda conducir al fracaso, un estado que no hemos de confundir con la derrota, siendo esta no otra cosa que el abandono y la dejación del Compromiso que en un principio establecimos con nosotros mismos.



Arqueología del Aikidô

A sesenta kilómetros de Badajoz se encuentra Emérita Augusta, Ciudad que fuera capital de la Lusitania romana. No hay un movimiento de tierra en Mérida en el que no aparezca un vestigio de su pasado glorioso: una epopeya que comenzó en el año 25 a.C. y que hizo de ella una de las tres capitales más importantes del Imperio Romano en Hispania. Entender la actualidad de esta Ciudad supone comprender su Arqueología, es decir, su propia Historia, pues para asimilar la modernidad hay que asumir la antigüedad, esto es, analizarla, razonarla e incorporarla.

La que hoy es Capital de la Comunidad Autónoma de Extremadura se sustenta en estructuras antes utilizadas por los propios romanos, de esta forma, elementos como el Teatro, el Foro, el Circo, el Acueducto, las Termas, el Anfiteatro, los Arcos o los Templos, conviven con edificios modernos, avenidas y autovías. El orgullo de los ciudadanos de Mérida se sostiene en la creencia de que el futuro se ha de construir y conquistar sin olvidar el pasado común.

También nosotros, hombres y mujeres de Budô, tenemos una Arqueología que rescatar del olvido y hemos de proyectar el futuro atendiendo a los

pilares sobre los que se han asentado nuestras tradiciones para así comprender más y mejor nuestro Arte Marcial.

En ocasiones uno tiene que ir muy lejos, para encontrar los registros que le abran a la Comprensión; en el caso del Aikido, esos vestigios capaces de despertar el Entendimiento pasan, una vez más, por conocer la Arqueología sobre la que se asientan sus orígenes. Entre esas auténticas joyas del Bujutsu Medieval de Japón, que configuran el armazón de la Pre-Historia del Aikidô, encontramos las siguientes Escuelas: Kitô ryû Jujutsu, Yagyu Shingan ryû Jujutsu, Tenshin Shinyô ryû Jujutsu, Takenouchi ryû Jujutsu y Daitô ryû Jujutsu.

Aunque los primeros indicios acerca del Jujutsu pueden encontrarse en las influencias que la China confuciana ejerciera sobre Japón a partir del siglo V, es bien seguro que la mayoría de las Escuelas eran ya una realidad, establecida y organizada, a partir de los siglos XVI y XVII, un momento en el que el poder Tokugawa se encontraba en plena efervescencia y su dictadura militar había consolidado una paz autoritaria que implicaba, además: subyugación popular al poder instaurado, estamentos profesionales férreos, jerarquía social piramidal, restricción de desplazamientos, asociación, ideas, etc.

Este panorama descrito, cargado de dificultades para el ciudadano de a pie, iba a ser el caldo de cultivo sobre el que tomaran forma las Escuelas que siglos más tarde darían como fruto el Aikidô de aquel genio que fue Morihei Ueshiba, alumno, a su vez, de uno de los más carismáticos maestros de Bujutsu que transitaron el siglo XX: Sokaku Takeda, uno de los últimos exponentes del famoso clan que lleva su nombre.

La larga epopeya de la familia Takeda comienza en el siglo XII, con Minamoto no Yoshiakiyo, el primer miembro de esta larga genealogía que utilizó este ilustre apellido. Desde aquel momento y a lo largo de los diferentes períodos históricos que se sucedieron en Japón, el clan Takeda intervino en numerosos acontecimientos –militares y políticos– siendo una de las familias más activas y significativas en el devenir y posterior formación política del país.

En febrero de 1915, Morihei Ueshiba encontró a Sokaku Takeda en Hokkaido y, de manera intermitente, permaneció estudiando con él hasta 1922, fecha en la que se distanciaron, debido, en parte, a la inclusión de Morihei en la secta Omoto Kyo de Onisaburo Deguchi Sensei. Ueshiba, quien entonces ya fundamentaba su saber en un bagaje más que considerable, amplió sus conocimientos con el estudio de otras Escuelas del viejo Bujutsu, como la tradición Kashima Shintô ryû. Finalmente, con una trayectoria sobresaliente, creó su propio Arte, al que denominó, después de diferentes tentativas, Aikidô.

Habíamos llegado tarde a la estación de Shinjuku, después de pasar el día en el Kôdôkan Judô de Jigoro Kano y aún teníamos que cruzar Tokyo para llegar al Hombu dôjô de una de las facciones de la Escuela Daitô ryû Aikijujutsu, la comandada por Kondo Katsuyuki Sensei, alumno de quien fuera último eslabón en activo la Escuela Daitô ryû Aikijujutsu de la familia Takeda: Tokimune Takeda Sensei, hijo menor de Sokaku Takeda.

El encuentro con la Escuela Daitô ryû en el Shinbukan dôjô de Kondo Sensei fue un viaje a las entrañas del Aikidô, una mirada retrospectiva a su vetusto pasado, el descubrimiento de su historia. Durante muchos años, nos habíamos preguntado: ¿Qué había estudiado Morihei Ueshiba con Sokaku Takeda Sensei a partir de aquel encuentro determinante celebrado en Hokkaido en 1915? ¿Podríamos interpretar desde esa perspectiva el contenido actual del Aikidô? ¿Reconoceríamos en sus formas la actualidad del equipaje técnico que contiene este Arte Marcial? Examinar la evolución de las secuencias, la actualización de los movimientos o la transformación de los hechos, fue un auténtico ejercicio de re-nacimiento y recuperación de nuestra memoria colectiva.

Como una forma de Bujutsu que es, Daitô ryû Aikijujutsu se desarrolló en un contexto social de total practicidad, donde las soluciones planteadas ante situaciones extremas se resolvían de manera contundente, eficaz, y con una visión integral de los recursos disponibles, que no eran pocos. Cuando se compara esta Escuela con el panorama del Aikidô actual, uno puede visualizar perfectamente cómo se han transformado las técnicas, qué dimensión se ha decidido tomar y qué se ha olvidado y perdido en el tránsito hacia este nuevo destino: una filosofía que comenzó a gestarse en los

últimos años de vida del Fundador de este Arte, una dirección comandada por aspectos Éticos, Estéticos y Espirituales. (Nota: Budô, da prioridad a la Moral, continuando con la Estética y finalizando con la Disciplina; Bujutsu pone el acento en la Efectividad, seguida de la Disciplina y terminando con la Moral).

Una vez contextualizada esta Escuela -auténtica predecesora del Aikidô, situarla convenientemente en la historia, entender sus razones, sus variables y porqués, pudimos dedicar nuestro tiempo a la Observación y, con ella, al Aprendizaje, viendo con claridad que el esquema circular, armónico, energético o solidario que proponen las técnicas de Aikidô tuvo en sus inicios otra filosofía y, por tanto, otros componentes, otras infraestructuras, entre ellas: la completa resolución de las situaciones, una contundencia total demostrada desde el primer instante o la auto-defensa, concebida desde una perspectiva integral, todo ello acompañado de elementos que el Aikidô actual ha minusvalorado y relegado, cuando no, olvidado, tales como: el trabajo con armas (Kumitachi, Kumijo), Atemijutsu, Iaijutsu, Kiaijutsu, Kyushojutsu, etc.

Creo que la memoria es determinante para no olvidar quienes somos y de donde venimos y, siendo esto así en nuestra propia existencia, lo es, también, en nuestro mundo del Budô. A mi modo de ver lo nuevo está incluido en lo viejo y este axioma puede, también, entenderse a la inversa, por esta razón, opino que establecer puentes entre aquello que ha sido el soporte de nuestras tradiciones y lo que ahora conforma nuestra actualidad más inmediata, es una tarea casi de obligado cumplimiento para llegar a comprendernos y comprender con más profundidad la Esencia de nuestro Arte Marcial.



Lo Invisible

El cineasta francés, Michael Random, refería una anécdota surgida a raíz de la entrevista que realizara al famoso dramaturgo y novelista japonés Yukio Mishima, advirtiéndole que la estancia donde residía tenía más parecido con un palacio de la Costa Azul francesa que con una vivienda del Japón tradicional. Una de las dependencias del piso inferior, amueblada con piezas del Barroco francés del siglo XVIII, causó tal sensación en el autor de "Japón: la estrategia de lo invisible" que comentó al escritor: "Señor Mishima, no veo en este lugar nada que me recuerde al espíritu de su país"; Mishima le contestó: "Sólo lo invisible es japonés".

En esta época que transitamos -a la vez, lúgubre y luminosa- en la que todo se airea y extralimita, el espíritu de la Cultura tradicional de Japón aún pretende manifestarse en la Penumbra, ésa que nos mostró el poeta Junichiro Tanizaki en su acertada Obra, un ensayo en el que se lamentaba de aquello que habían perdido las Artes Tradicionales de su país al contactar con esa luz cegadora que era, ya entonces, la Globalización y el Pensamiento Único, un auténtico fogonazo en forma de neón que destruiría la esencia del Espíritu Invisible, manifestando, sin contención, que en un futuro serían las formas y no su fondo la razón de ser de estas Artes.

En los años veinte y treinta del pasado siglo, algunos pensadores, comandados por Kakuzo Okakura, Kuki Shuzo, Nishida Kitaro, Watsuji Tetsuro o Nitobe Inazo, lucharon por desempolvar el "Viejo Camino del Arte hacia la Estética y el Sentimiento", tratando de alejar a su país del Eurocentrismo imperante, queriendo demostrar al mundo que su Cultura contenía unos valores tan capaces como los de cualquier otra, unos principios que, aún siendo de gran calado, no estaban a la vista en superficie, sino que había que encontrarlos en la hondura de su profundidad donde, ocultos, permanecían, salvaguardados de la manipulación y el consumo apriorístico.

Fue una vez más el esteta Okakura quien en su "Libro del Té", se hacía eco de esa "herida de muerte" que estaba sufriendo el Arte Oriental, un Arte que, posteriormente, ha sido reinterpretado y transfigurado en sus nuevos destinos -cuando no tergiversado y caracterizado desde su lugar de origen- para universalizarse y llegar al gran público, olvidando así algo más que las formas.

También en Bujutsu existe un concepto para nombrar lo Invisible, pues aquello que es percibido, visualizado y advertido por otros desde la distancia, no es sino el ropaje de la técnica, lo superficial de la misma, la primera manifestación, una apariencia primigenia; el verdadero trasfondo, la intencionalidad última, su funcionalidad y razón de ser, es Oku/Okuden, es decir: un secreto imperceptible y misterioso. Sin la revelación del Invisible Oku, no existiría el kata.

Ese mundo incorpóreo, que es lo Invisible, se manifiesta de nuevo en el minimalismo que recrea el dōjō del viejo Bujutsu, un espacio donde la estética es una auténtica economía de materiales, luz y color. El reduccionismo que se percibe en su interior es un auténtico símbolo de ese Espíritu Inherente, una síntesis de todas sus formas y la entidad final de un Arte que podemos considerar Verdadero.

Vuelvo a estas reflexiones para contrastarlas con las manejadas en las vanguardias del momento, contextos donde la información circula sin tregua, espacios donde la iluminación no es la del shoji tradicional, que sí permite la "sombra pensativa", sino la potente y blanquecina luz del neón, que se aleja del espíritu reservado y respetuoso que ha de exigir la revelación y el conocimiento del invisible Oku.

Persiguiendo también lo Invisible, pero a través del mundo de las Ideas, nos encontramos con el taoísta Chuang-Tzu, quien nos alecciona de esta forma:

“El propósito de las palabras es transmitir Ideas; cuando las Ideas se han comprendido, las palabras se olvidan. ¿Dónde puedo encontrar a una persona que haya olvidado las palabras? Con esa persona me gustaría hablar”.



Karlfried Graf Durckheim: Un Sabio en la Selva Negra

Este anciano, que posa fotografiado en Todtmoos-Rütte, en pleno corazón de la Selva Negra alemana, es Karlfried Graf Durckheim, quien junto a los también alemanes, Eugen Herrigel y Enomilla Lasalle, fuera uno de los primeros occidentales en estudiar y enseñar Zen en Europa.

Allí, en aquel lugar en el que tanto había trabajado junto a su estrecha colaboradora, la junguiana María Hippus, pleno de Lucidez y Conocimiento, fallecería el Sabio Maestro un 28 de Diciembre de 1988. Había cumplido 92 años.

Si en ocasiones un acontecimiento en la vida de un Ser Humano nos enseña tantas cosas sobre él como jamás pudiera hacerlo el relato de toda su epopeya vital, con sus avatares, desniveles, desiertos, glorias y batallas, en

la existencia de Durckheim este acontecimiento sería, en mi opinión, su estancia en prisión durante su residencia en Japón.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, Karlfried Durckheim fue arrestado por los servicios secretos norteamericanos, acusado de espionaje en favor del régimen alemán. Él, un convencido pacifista, descreído del nazismo y opuesto al belicismo, que ya había conocido el presidio por una acusación similar en la propia Alemania, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, acometía, de nuevo, un contratiempo inesperado, pero esta vez en aquel país que había supuesto para él el refuerzo de su propia espiritualidad: Japón.

Lejos de abandonarse al decaimiento, Durckheim tomó conciencia de la Oportunidad que suponía disponer de tiempo sin límite para dedicarlo a su propia Auto-indagación y práctica de la Meditación Zen. Aquellos dos años en prisión supondrían todo un período de intensificación y encuentro con lo espiritual. No se defraudaría a sí mismo en esa batalla contra la adversidad, resultando finalmente victorioso en su pugna contra semejante injusticia política.

Su intensa y apasionante vida estuvo dirigida desde el Silencio hacia el Silencio. Entre ambas polaridades, atravesó dos guerras mundiales, estudió Economía, Filosofía y Psicología en Munich, fue docente en distintas universidades del país, residió diez años en Japón -un período espiritualmente muy fructífero que le condujo al estudio y profundización del Budismo Zen, acercándolo, también, a otras formas artísticas tradicionales de aquel país, como el Kyudô, el Ikebana o el Aikidô.

Ya en Europa, todo este vasto Conocimiento cristalizaría en la fundación de la Escuela que él mismo erigiera en la Comunidad de Rütte, gestando en ella su propio método de enseñanza, extendiendo desde allí, a otras latitudes del Viejo Continente, su forma de ver y ayudar al Ser Humano y publicando numerosas obras sobre el Pensamiento y la Tradición Japonesa, tales como: Hara: centro vital del hombre; Japón: el imperio de la quietud; El Zen y nosotros; El maestro interior.

El trabajo holístico que proponía Durckheim pasaba, inexorablemente, por la práctica del Zen, continuándose con el estudio de diferentes Artes

Marciales –Kyudô, Aikidô- e incorporando Terapias y Medicinas Alternativas, como la Eutonía, el Paseo Meditativo o la propia Psicología Junguiana.

Uno de sus más destacados discípulos, Jacques Castermane, quien en 1967 se encontrara con el Sabio en Rutte, resumía así su primer encuentro con quien se convertiría en su Maestro de por vida: “De entre todos los conferenciantes que observé, me fijé, de improviso, en aquel anciano, comedido, educado y silencioso, pues él, era aquello mismo que decía..”



Globalización del Arte Marcial

En uno de sus escritos, Nicolás Roerich nos hace una encendida defensa de la Cultura, según él, una palabra sagrada.

Roerich invita al núcleo familiar a desempeñar ese papel de primer transmisor de la Cultura, una enseñanza que habrá de continuarse en la Comunidad, finalizando en ámbitos mayores: la nación y comunidad internacional. Sólo la Cultura, escribía, podrá abrir las puertas del Conocimiento a las generaciones venideras.

Creo que cualquiera haría suyas estas palabras del Sabio de los Himalayas, no sin asumir, en mi opinión, la posibilidad de poder olvidar, en esa dilatación del Hecho Cultural, el espíritu que vio nacer a la propia Cultura: un valor que además de estar compuesto por usos, costumbres, lenguas, tradiciones, entorno y paisaje, ha de acompañarse del humanismo, la

espiritualidad en su amplio sentido o el desarrollo de las potencialidades del sentir humano.

Juan Ramón Jiménez no se cansó de dedicar su Poesía a la inmensa minoría, tratando de mantener ahí el espíritu de la lírica que tanto cuidó, evitando su descontrolada expansión: una variable que haría retroceder el fondo del poema, convirtiendo este Arte en una actividad consumista, meramente técnica, carente de la necesaria sensibilidad creadora.

No es menos cierto asegurar que todo aquello que se masifica termina alterándose, resultando ser diferente a lo que supuso en origen para una determinada comunidad. Extraer los réditos que suponen la globalización de una Cultura exige una banalización de la misma y, por consiguiente, una corrupción del hecho cultural.

Salvo excepciones, esta afirmación puede ser constatada si observamos con detenimiento la actualidad reinante en diferentes ámbitos de la Cultura: la pintura y escultura contemporánea, la literatura del best-seller, la arquitectura funcional, la música estridente, el cine de evasión, las nuevas formas de lenguaje y comunicación, los reality show televisivos, etc.

También, desde luego, podemos apreciar este panorama en el mundo del Budô.

En mi opinión, ser partidarios de la completa culturización y defender los derechos humanos en pro de un acceso libre a la Cultura, no nos exime de aceptar que la globalización ha traído consigo el decaimiento de la Esencia Cultural, una entidad que no es otra cosa que la expresión humanística en su manifestación máxima: fondo sobre forma, principios y valores sobre estereotipos y banales modismos, formación rigurosa frente a snobismo, etc.

Después de que Teophile Gautier acuñara aquella frase -casi maldita- que pretendía elevar a la condición de Arte cualquier intento de expresión humana: "El arte por el arte" -decía-, se dio el pistoletazo de salida para que en un futuro -que es, hoy, nuestro presente- se terminara admitiendo como artísticas, obras que, pasando por ser ejercicios con mensaje y trasfondo filosófico son, antes que nada, un ataque contra la sensibilidad del espectador y un reflejo de la ineptitud de ciertos artistas. Muchas de estas

obras, incomprensiblemente, pueden encontrarse en algunas de las más conocidas Bienales Internacionales de Arte.

La Cultura tiene sus exigencias y el ejercicio intelectual es una de ellas.

Esta ardua dedicación intelectual supone una dificultad, que no es otra que la concentración, exigiendo ello dedicación y tiempo, algo que la cultura de masas no desea asumir pues el concepto que baraja es más escapista, evasivo, apriorístico y ambiguo.

En Bujutsu, fueron las minorías familiares quienes ejercieron el control de las Escuelas. La historia nos enseña que los Koryû tuvieron un nicho humano y ecológico restringido, una accesibilidad limitada, principios éticos y valores acotados y una divulgación controlada, cuando no censurada, por considerarse perjudicial para su supervivencia y pureza.

Con su difusión a escala planetaria, uno de los paradigmas a los que se enfrenta el Budô actual es la contraposición entre uno de sus principios fundamentales -la formación integral, exigente y disciplinada- con la demanda social imperante: el divertimento a ultranza.

Al haber dejado de ser un Arte humanista cargado de valores, y convertirse en un pasatiempo esporádico, sin una implicación personal especial y exigente como forma de entretenimiento y diversión -reclamo del momento en que vivimos- el arte del Budô ha cedido una de sus señas de identidad más significativas: el espíritu de sacrificio que siempre supuso el estudio y dominio de su técnica y principios fundamentales.

En nuestros días los budokas asistimos a un espectáculo cargado de variantes, mezclas, revueltos y batiburrillos que pretenden ser un Arte Marcial, presentándose a la sociedad como tal, utilizando, imperfectamente: medios vocablos, verdades divididas, atuendos teñidos o elementos que no le pertenecen, organizándose más como empresas y franquicias que como Escuelas de Budô.

Estas manifestaciones son una muestra más del descontrol que ha supuesto la mundialización de estas formas de Cultura que son las Artes Marciales, unas expresiones del ser humano que durante siglos han formado parte del

núcleo espiritual de unas comunidades y que la globalización ha terminado por transformar en un nuevo bien de consumo público.

Acceso a la Cultura del Budô, sí; generalización e igualdad de oportunidades, también; pero nunca la renuncia a los principios que lo han hecho necesario, valioso y útil para el engrandecimiento del espíritu de sus estudiantes.

Nota

Estos textos comenzaron a escribirse en Diciembre de 2012, dándose por concluidos en el mes de Agosto de 2013. Tuvieron como finalidad, aglutinar pensamientos en torno al Budô y al Bujutsu, para ser compartidos con todos aquellos alumnos y alumnas, amigos y amigas, de esta Escuela de Budô, que es Kenshinkan dôjô.

A la recapitulación de impresiones, aquí expuestas, añadí un artículo, ya publicado con anterioridad, que creí en sintonía con aquello que iba escribiendo. Ese capítulo lleva por título “Belleza y Budô”.

Las ideas aquí expresadas no son un fin en sí mismas, están dentro de la corriente evolutiva y hacia adelante se encaminan. Son, en definitiva, unos puntos de vista que no esperan ser compartidos en su integridad, antes bien, deberían ser juzgados, criticados y estimados como ajenos, pues son los puntos de vista de alguien que camina un sendero -su propio sendero- y que defiende, también en los otros, la búsqueda personal y el encuentro íntimo con sus propios caminos en el mundo del Budô.

Kenshinkan dôjô, Badajoz, 19 de Agosto de 2013

Semblanza



Pedro Martín González (Badajoz, 21 de Septiembre 1962)

Cuando cumplí catorce años, se cruzaron en mi vida las Artes Marciales Tradicionales. Fueron un amor a primera vista.

Después vinieron los Viajes, para descubrir quien era yo y este mundo que habitamos.

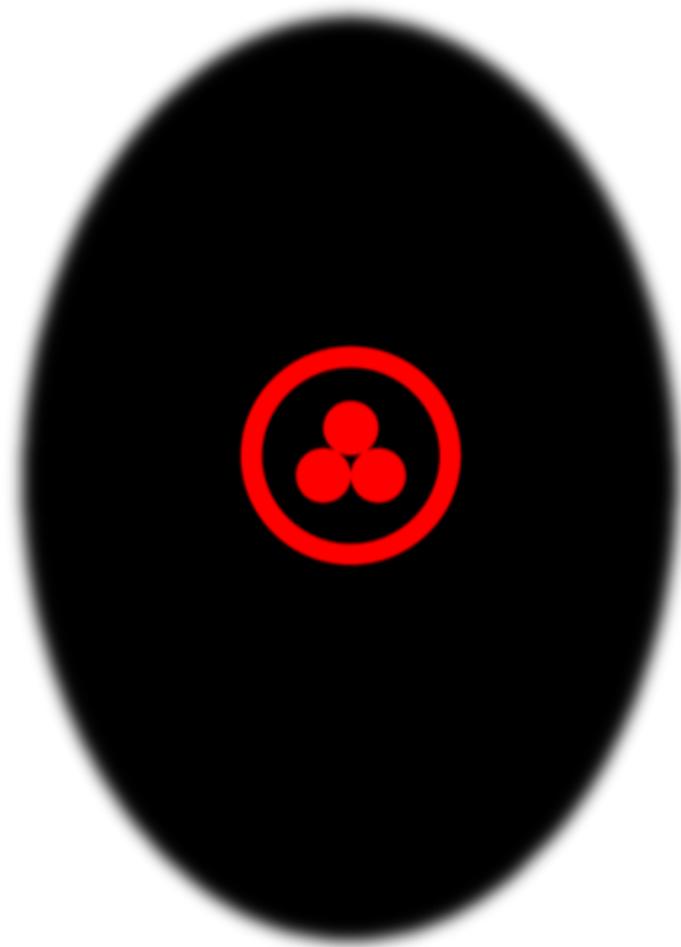
A cuanto me ha ocurrido en la vida he puesto letra, que es la música que yo interpreto.

Aspiro a participar con mi trabajo en la arquitectura de la Educación y orientar ésta hacia la Belleza. A mantener ese rumbo me ayudan un puñado de almas que amo, ellas son el equipaje íntimo de mi memoria más clara.

Camino ligero de equipaje, pues un poeta sabio, de apellido Machado, me advirtió del exceso.

De entre mis maestros, cuatro nombres recuerdo bien: Domingo, Carmelo, Juan Antonio, Tetsutaka. El primero condujo mis pasos a través de caminos

guerreros. El segundo me abrió la puerta a los Misterios, haciéndome en ellos entrar. Del tercero aprendí que la Enseñanza, buscada con Sinceridad, se nos entrega sin reservas. Con el cuarto descubrí que el Conocimiento hace a los hombres sencillos y cercanos a la Amistad.



Pedro Martín González
Kenshinkan dôjô 2012
blog.kenshinkanbadajoz.com